

¿Te gustan los desafíos? ¿Te hierven las neuronas? ¿Quieres emociones fuertes? Agustín Fonseca, autor de *El juego más difícil del verano*, que publica el diario *El País*, y colaborador de *Muy Interesante*, ha creado un libro-juego endemoniadamente complicado, a la vez que divertido y distinto a cualquier otro, que te dará mucho que pensar.

Al hilo de las locuras que cometen Alberto y sus amigos —los protagonistas— en su primer años de universidad, tropezarás con una larga serie de enigmas que deberás resolver. Pero ¡jojo!, cuando te desanimas, cuando veas que tus neuronas patinan y se recalientan, no pienses que vas a encontrar las soluciones en la última página: eso sería ponértelo demasiado fácil, querido amigo. Las soluciones están, sí, pero deberás adivinar dónde; y cuando las hayas descubierto, además, tendrás que descifrarlas. Retorcido, muy retorcido ¿verdad?

Acepta el reto: demuéstrate a ti mismo de qué eres capaz.



Agustín Fonseca

El rompecocos

ePub r1.0

jandepora 14.11.14

Agustín Fonseca, 1994
Ilustraciones: Agustín Fonseca García
Diseño de cubierta: Rudesindo de la Fuente
Editor digital: jandepora
ePub base r1.2



De qué va este libro

El libro que tienes en tus manos es algo más de lo que parece. En él encontrarás historias que giran en torno a un personaje: Alberto. Cada historia plantea una o más preguntas, a las cuales, si te animas, deberás dar solución. Cada uno de los problemas es progresivamente más difícil que su predecesor, por lo que, así, el último es el más difícil mientras que el primero es el más sencillo. Resolverlos es sólo cuestión de paciencia. Algunos tratarán de confundirte y todos te traerán algún quebradero de cabeza.

El libro esconde, en segundo lugar, un gran enigma. Las soluciones. Deberás pensar, investigar, echarle imaginación y descubrir dónde está escondida la solución de cada problema.

Cuando sepas ya dónde se encuentran las soluciones no pienses que por ello habrás dejado de «sufrir». Todo lo contrario: te quedarás boquiabierto y con ojos de asombro porque cada solución se halla encriptada, es decir, en clave. Este es el segundo reto del libro. Para descifrar dichas claves deberás servirse en muchos casos de ciertas herramientas que te damos ya preparadas para ser recortadas. Sólo tendrás que cortar por donde se indica y obtendrás así las herramientas necesarias para dar con la solución correcta a los enigmas una vez que sepas cuál es la clave que le corresponde.

Con muchas de las respuestas no sabrás, *a priori*, ni qué decodificador utilizar. Ahí reside el tercer obstáculo de este libro. Ten paciencia, porque aunque quizá sea este reto final el más difícil, te podemos asegurar que obtendrás una gran satisfacción cuando hayas logrado comprender las claves.

Por tanto, no te engañes, puesto que este libro es mucho más que una recopilación de «historias de jóvenes universitarios». En medio de éstas encontrarás dibujos, textos y frases que, a primera vista, te parecerá que están de adorno o que no tienen relación con la historia a la que acompañan. Sin embargo, después de estudiar el libro en su conjunto, te será todo mucho más fácil: es un juego que irás descubriendo, lleno de claves, de preguntas y respuestas.

Una sola advertencia: este libro no tiene las soluciones al final. Por no tener, no tiene ni última página. Las soluciones sólo las tienes tú. No obstante, si tienes algún problemilla, echa un vistazo a las páginas finales del libro.

¡¡Animo, y a por el libro!!

La universidad de Alberto

Alberto es un muchacho de pelo castaño y revuelto, de mejillas sonrosadas, con una frente amplia como una cornisa, travieso y sonriente.

El verano ha terminado, el COU y la selectividad pasaron y ahora hay que empezar con la facultad.

Hoy es el primer día de clase. Alberto está encantado pensando en todo lo que le espera: sus compañeros nuevos, la posibilidad de echarse novia. Sin embargo, piensa sobre todo en sacar punta a cualquier cosa que le pueda ocurrir, hasta que la punta afilada sea larga, bien larga.

Hoy, muy tempranito, Alberto camina hacia la facultad y se anima cada vez más. No tarda en encontrarse con su mejor amigo, Iñaki, que también comienza la carrera este año.

Iñaki es alto y corpulento, con los ojos grandes como los de un pez recién sacado del agua. Suele llevar los pantalones caídos y es muy observador y prudente (hasta que comienza a beber cerveza).

—¡Qué pasa, tronko! —saluda afable Alberto.

—He visto pasar un montón de gente —dice Iñaki señalando la calle llena de jóvenes dirigiéndose a la facultad—, con sus carpetas llenas de apuntes y los ojos de legañas.

—¡Seguro que nos lo vamos a pasar dabuten!

1. ¿Cómo se llama el profe?

EL JUEGO DE LOS ASTERISCOS Y LAS ESTRELLAS

Después de charlar un rato con Iñaki, Alberto entró en clase.

—¡Uff! Espero que el día no sea muy ajetreado —dice Alberto al compañero situado en la mesa de al lado, que se encuentra haciendo garabatos para pasar el tiempo.

—Pues yo sí espero que lo sea, porque de lo contrario tendré que inventar algo para no aburrirme —le responde su nuevo amigo.

¡Zass! Silba la bola de papel e impacta en el cristal de la ventana sin acertar en la papelera.

—Esto es lo que yo denomino «básquet-papelera» —dice a Alberto su nuevo compañero.

En cuestión de segundos el aburrimiento provoca una verdadera batalla de tiro a la canasta-papelera. Por desgracia, algunos de los proyectiles alcanzan al asombrado profesor, que acaba de hacer acto de presencia.

—¡Venga, chicos, por favor, un poco de calma y buenas intenciones para empezar el curso con rigor! —grita agitando las manos al mismo tiempo. Os propongo un juego con el que nos divertiremos mucho más.

El profesor, que es muy ocurrente y cuenta con la experiencia necesaria para saber tranquilizar a estos peligrosos universitarios novatos, va a conseguir que sus alumnos no se aburran en clase.

El juego consiste en adivinar mi nombre afirma el profesor con una media sonrisa, consciente de que acaba de volver a centrar la atención de sus nuevos alumnos.

Comienza a dibujar en la pizarra una serie de símbolos hasta que finalmente queda de esta manera:



Cada símbolo corresponde a una letra, y el profe les advierte que a una misma letra le corresponde siempre el mismo signo.

—Parece un poco complicado, ¿verdad? —les dice el profesor—. Bueno, pues para daros más facilidades os he escrito también mi signo del zodiaco, siguiendo la misma clave y, por si fuera poco, añadido el mes en el que nací.

Alberto se puso a cavilar, con la yema del dedo índice pegada a la punta de la nariz.

No es exagerar: los alumnos se tiraron toda la clase dando vueltas a los símbolos, probando todo tipo de combinaciones. Al final, Alberto dio con la solución correcta.

—¡Estaba chupado! —gritó Alberto.

—Sí, nos hemos divertido mucho, pero ahora ¡vamos a volver al torneo de «básquet-papelera»! —añadió el nuevo compañero de Alberto, con lo que comenzó una nueva y más feroz batalla ante el estupor del profe.

¿CÓMO SE LLAMA EL PROFESOR?

¿EN QUÉ MES NACIÓ?

¿CUÁL ES SU SIGNO DEL ZODÍACO?

2. Un reto para Yvonne

EL JUEGO DE LAS FECHAS

Alberto e Iñaki andaban haciendo la primera visita a lo que sería su cuartel general durante todo el curso: el bareto de la facultad. Allí empezaron a familiarizarse con muchas de las caras que a partir de ese momento les acompañarían.

En primer lugar vieron a Emiliano, el bedel, que pasaba bastante del uniforme y llevaba un mono azul del que prendía un pequeño transistor.

—Menuda pieza tiene que estar hecho éste —le dijo Iñaki a Alberto señalando con discreción.

Mientras los dos amigos comentaban las incidencias de la primera clase, vieron aparecer a un grupo de pijos, con camisa de rayas y pelo engominado, que se dirigían hacia la barra.

—De esos panolis, los dos que destacan son de nuestra clase. Uno se llama Yago y el otro Borja. ¡Qué tíos más repelentes! —dijo Alberto a Iñaki soltando una pequeña carcajada.

Mientras las enormes bocas de nuestros dos amigos terminaban de triturar los respectivos bocatas de panceta, toda la fauna de ese curso se iba juntando en el bareto, desde los más greñudos a los más finos. Como el que no quiere la cosa, todos se fueron concentrando en un único grupo. Entre botellines y risas andaban cuando, de pronto, entró al bar una tía maciza, que con su sola presencia hizo a todos los contertulios masculinos quedar sin habla. Se llamaba Yvonne.

La rubita, de ojos azules, se fue acercando a la barra y, en lo que pedía tímidamente un café con leche, se le acercó el tal Borja y le dijo:

—¡Hola, monina! Yo me llamo Borja, pero puedes llamarme Borjita. ¿Tú quién eres?

—Yo me llamo Yvonne y he venido a pasar aquí este curso con una beca del programa Erasmus —respondió ella algo sonrojada.

—Oye, pues hablas muy bien el español. ¿De dónde eres? —le preguntó Alberto adelantándose a todos sus rivales.

—Soy de Bruselas y he aprendido español veraneando todos los años en Torrevieja.

—¡¡¡Increíííble!!! —respondieron todos a la vez.

El bombardeo de preguntas se fue convirtiendo, paso a paso, en un interrogatorio de tercer grado del que la incauta muchacha salió algo noqueada. Cuando llegó la hora de entrar a la clase siguiente, a más de la mitad de los presentes se les había puesto un brillo especial en los ojillos, como de «enamoramiento».

«¡Qué pedazo de jaca!», «¡¡De bandera!!», «¡Pero habéis visto qué ojazos!», eran algunas de las frases que se escuchaban escaleras arriba. Estaba claro que a partir de ahora se iban a dedicar muchos esfuerzos a llamar la atención de la nueva becaria.

Una semana más tarde, pasada la furia de los primeros días, Alberto entró en la biblioteca de la facultad, que en ese momento se encontraba prácticamente desierta. No tenía mucho que hacer y había pensado en pasar un rato leyendo alguna revista u hojeando algún libro. Se dirigía hacia el mostrador de las últimas publicaciones recibidas, cuando, de pronto, divisó a lo lejos, en una mesa apartada, a la mismísima Yvonne. Con gran sigilo se acercó a ella y, adoptando la más cínica de las sonrisas, le preguntó en voz baja qué estaba haciendo.

—Estoy leyendo un libro que habla de las excelencias del año 1992. ¿Tú fuiste a la Expo? —respondió ella mientras sonreía ignorante de su destino.

Alberto puso cara de póquer y, en un tono solemne, comenzó un improvisado discurso.

—Mira, Yvonne: yo tengo un criterio propio sobre lo que fue todo ese mamoneo. No me dejo alienar por tres atracciones de feria y cuatro chuminadas más, aunque tengo claro que para la mayoría es muy posible que en los años siguientes no sabrán ni dónde tienen la cabeza,

pero en ese año todo les parecía maravilloso.

Por la cara que ponía Yvonne no parecía que el tema le interesara mucho, pues continuó pasando las hojas sin prestarle demasiada atención. De pronto, la muchacha descubrió una foto que le llamó la atención y, para cortar un poco con la violencia que había en el ambiente, le dijo al presunto galán:

—¡Mira, Alberto!, seguro que la foto de este cuadro hace referencia a una historia interesante.

Efectivamente, allí se encontraba una bonita historia sobre una famosa batalla.

—Tienes razón, Yvonne. Muchos saben de qué se trata, pero muchos no sabrán en qué año ocurrió —dijo Alberto retando con la mirada a su amiga.

—¡Pues vamos a consultar el diccionario! —respondió ella.

Alberto continuaba con ganas de tirarse el rollo, de modo que le propuso lo siguiente:

—¡Mejor te voy a dar unas pistas que te ayudarán a encontrar la solución y así nos divertiremos! —dijo mientras cerraba el libro.

—D siglos después, el AF de 51451916 de RGA, se inauguró la presa de 12022114. Si sumas los dígitos que componen el año obtendrás como número áureo el 5 —sentenció Alberto con una mueca de sabiduría.

Yvonne se quedó con la boca abierta y Alberto aprovechó la ocasión para deslumbrarla de nuevo.

—¿Cómo? ¿Que no sabes qué es eso del número áureo? Es muy simple, se trata de la suma sucesiva de los dígitos que forman un número hasta que llega a quedarse en uno solo: el número áureo.

—Alberto, no entiendo nada —dijo Yvonne mirándole con cara de asombro.

—Pues mira, encanto: si por ejemplo el número fuese el 1992, deberías sumar sus dígitos. Es decir, $1 + 9 + 9 + 2 = 21$. Ahora sumas los dos dígitos de ese resultado, $2 + 1 = 3$. Ya lo tienes, el número áureo de 1992 es el 3.

—Creo que ya lo entiendo, Alberto. ¡Es bien fácil! —Pues si ya entiendes lo de los números áureos, te será fácil deducir en qué fecha ocurrió la batalla.

—Pero... ¿Qué son todas esas letras y números sin sentido? —le inquirió Yvonne, con más interés.

Alberto agarró un lápiz y un cuaderno y comenzó a escribir para mostrárselo a su amiga.

—Es fácil. Transformas las letras en números y viceversa, según el orden alfabético. Así, resulta que estamos hablando de la 2121112121 de 125171142116, en la que hubo un famoso soldado cuyo nombre comienza por 13 y sus apellidos por 3 y 20. ¿Sabes ya quién es?

Yvonne adoptó un gesto que mostraba su desconcierto.

—Yvonne, no seas vaga y haz las operaciones. Ya verás como el éxito te acompaña y, de paso, vas a tener la oportunidad de irme conociendo un poco.

Una cosa más: ¿tienes en Bélgica algún novio que sea tan inteligente?

Yvonne musitó un *mon Dieu*, mientras trataba de descubrir la respuesta a las siguientes cuestiones.

¿EN QUÉ AÑO SE DESARROLLÓ LA BATALLA Y QUIÉN ES ESE FAMOSO SOLDADO?

¿QUÉ IMPORTANTE LIBRO SE RELACIONA CON ÉL SIEMPRE QUE SE OYE SU NOMBRE?

¿CUÁL ES EL NOMBRE DE LA PRESA?

Tras un rato de cavilaciones, Yvonne dio con las respuestas acertadas.

—¿Ves como no era tan difícil? —dijo Alberto, para añadir después con una sonrisa maliciosa—: Para celebrarlo te invito a tomar algo en el bar.

Yvonne aceptó encantada. Alberto se moría de gusto pensando que iba a ser la envidia de toda la clase.

3. Por escandalosos, ¡al patio!

EL JUEGO DE LOS LADOS DEL CUADRADO

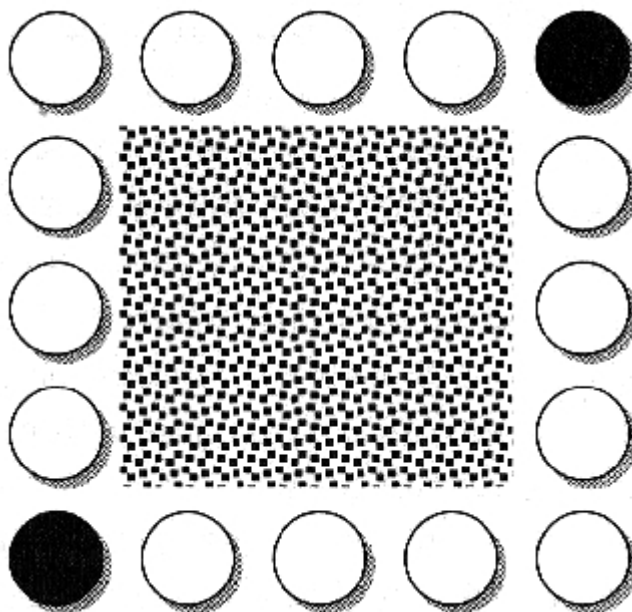
Ese día era especial para don Cosme, el decano de la facultad, ya que dentro del ciclo de conferencias que había programadas, le tocaba el turno a una muy interesante que contaría con la presencia de un ministro. Sin embargo, la visita había suscitado cierta polémica, debido a un asuntillo de corrupción que todavía permanecía sin aclarar del todo.

Con este precedente la conferencia prometía ser divertida, ya que todo el alumnado preparaba una bronca de tres pares de ¡bemoles! La mitad de los alumnos mantenía una actitud combativa: estaban muy exaltados por la situación política del momento; la otra mitad lo estaba aún más por la hartada de botellines que se estaba apretando entre pecho y espalda antes de la llegada del señor ministro.

Cuando éste, llegó en el coche oficial, rodeado de maderos, la tensión se podía cortar con un cuchillo. La conferencia comenzó al fin. A los pocos minutos la mitad del salón de actos comenzó a vocear: «¡Gol-foo!, ¡gol-foo!» Entre medias se intercalaban frases del tipo «¡Ministroooo! ¡¡Eres un robaperaaas!!!» que, naturalmente, provenían del grupo de Alberto. El ministro interrumpió la conferencia y, después de aceptar las excusas de don Cosme, le «sugirió» que sus maderos sacaran del recinto a los alborotadores con la máxima discreción. Don Cosme dio su autorización y los catorce principales alborotadores fueron sacados de la sala en unos momentos.

De entrada se decidió enviarlos al patio ajardinado con la esperanza de que el aire puro y un poco de naturaleza serenasen sus ánimos. Dado que había acudido la prensa, lo mejor era seguir actuando con la mayor discreción posible. Para que no se pudiera hablar de «brutal actuación policial», nada mejor que aislarlos bajo la férrea vigilancia de un madero de paisano y la del colgao de Emiliano, el bedel.

El patio de la facultad es un poco especial, puesto que tiene un alto seto central cuadrado en torno al cual hay una especie de acera ancha. El madero, buen conocedor de su oficio, decidió colocar a los catorce muchachos alrededor del seto. Y para evitar que hablaran entre ellos, pensó que nada mejor que colocarlos a razón de tres alumnos en cada lado y uno más en dos de las esquinas.



El problema de la sutil vigilancia de estos lebreles se solucionaría con la ayuda de Emiliano. Cada uno de los dos vigilantes se situó en una de las esquinas que permanecían libres. De este

modo tenían fácil el control, pues podían mirar a su derecha o a su izquierda y comprobar, simplemente contándolos, que había cuatro alumnos a cada lado. Lo más importante era que estuvieran de pie y callados.

Al cabo de un rato, los revoltosos comenzaron a acercarse unos a otros para poder hablar por lo bajini y así soportar la monotonía de la espera.

Ni a Emiliano ni al madero pareció que esto les llamara la atención, ante lo cual los chavales empezaron a planear de qué manera podrían largarse algunos de ellos.

Naturalmente fue Alberto el primero en poner en marcha la maquinación.

—¡Chicos, psss, silencio! —comenzó diciendo—. Si os fijáis bien, el Emiliano sólo levanta la vista del *Marca* para contarnos de vez en cuando, y si afináis la visual un poco más os daréis cuenta de que el madero hace igual.

Alberto permaneció cavilando unos instantes y terminó diciendo:

—Ya sé la forma de que sólo se queden ocho. ¡Y nadie se dará cuenta!

¿QUÉ PUDIERON HACER PARA QUEDARSE SÓLO OCHO ALUMNOS Y QUE LOS VIGILANTES SIGUIERAN VIENDO CUATRO DESDE SUS RESPECTIVAS POSICIONES?

Al cabo de un rato, un grupo de seis escandalosos alumnos irrumpía en el salón de actos y volvía a increpar al ministro ante la desesperación del pobre don Cosme.

4. ¡Vaya con las hormigas!

EL JUEGO DE LA ENCICLOPEDIA

Una mañana Alberto y todos sus amigos fueron a la casa de campo que tiene el padre de Iñaki. El asunto tenía toda la pinta de ser un auténtico marronazo, ya que la propuesta consistía en sacar todos los libros de la biblioteca, para luego ponerse a pintar la sala, con la excusa de pasar un día en el campo. Seguro que iban a disfrutar de un día formidable, había dicho el padre, pero...

—Mira, chico, tu padre dirá lo que quiera, pero esto se llama hacer el primo, lo que quiere tu padre es no gastarse ni un chavo —le dijo Alberto a Iñaki.

—¡No seas mangui, que ya verás cómo se estira y se invita a algo cuando terminemos! —le increpó sin mucho convencimiento Iñaki.

El caso fue que mientras los demás comenzaban a sacar el mobiliario para dejarlo en el porche, Alberto andaba marcándose un escaqueo, apelando a cierta resaca o a cierta bajada de tensión.

Cuando las miraditas de desaprobación comenzaron a ser más que patentes, Alberto se dio cuenta de que no podía seguir dando el cante. Así que, apagando el cigarrito con algo de chulería, desafió a todos diciendo: «La enciclopedia me la saco yo solo».

Esta era bastante antigua y, lo peor, bastante pesada. Tenía las páginas amarillentas y un enorme valor sentimental para el padre de Iñaki. En total se componía de cincuenta y cuatro tomos bien gruesos.

Alberto se puso manos a la obra. Fue sacando los tomos de dos en dos y amontonándolos en el porche del patio junto al resto de las cosas. Formó una gran pila hasta que no le quedó más remedio que subirse a una silla y así continuar la construcción de la torre. Una vez que la hubo completado y estaban colocados los cincuenta y cuatro tomos, se la quedó mirando y se dijo: «¡Esta torre, por la peculiar disposición del espacio y el volumen, sería envidia de cualquier afamado arquitecto de la Bauhaus!»

En lo que no cayó Alberto fue en que había edificado su genial torre bauhausiana sobre un hormiguero. Las hormigas, bastante cabreadas al ver taponada su salida al exterior, aplicaron el instinto de conservación y supervivencia comenzando un laborioso trabajo de horadación de los libros que las sepultaban. Parecía como si las hormigas supieran matemáticas, ya que estaban realizando un largo agujero a través de las páginas, empezando por la primera del primer volumen de la enciclopedia, y no terminando su voraz trabajo hasta que consiguieron llegar a la última página del último volumen.

Tampoco tardó mucho la cuadrilla de estudiantes en pintar la sala, puesto que por la tarde ya estaban los coleguillas de Alberto reintegrando a la estancia todos los enseres. Alberto sintió cierta lástima por tener que desmontar su obra arquitectónica, pero mucha más se llevó al descubrir el terrible desaguisado.

—¡La que han formado las hormigas! Y además no han hecho precisamente un agujerito, esto es todo un señor agujero —dijo Alberto con los ojos como platos y una media sonrisa de disculpa.

Efectivamente, el hermoso hueco no permitía leer las páginas atravesadas por los insectos. Con las cosas así, el padre de Iñaki dijo que se tirara la enciclopedia inservible, que ya comprarían otra.

Sin embargo, Alberto dijo que algunos de los tomos se podían aprovechar. ¿Sería posible? El padre de Iñaki, convencido de que al final lo barato sale caro, le planteó esta pregunta:

¿CUÁNTOS Y QUÉ VOLÚMENES, EFECTIVAMENTE, ESTABAN EN BUEN USO AL NO HABER SIDO PASTO DE LAS HORMIGAS?

Un rato más tarde, Alberto dio la respuesta, aunque ello no le libró, en los días siguientes,

de ganarse cierta fama de «destrozalibros».

5. A ver quién tiene razón

EL JUEGO DE LOS BARREÑOS

Alberto e Iñaki habían decidido quedar esa tarde para estudiar juntos y comentar de paso cómo se presentaba el curso. Puesto que todo iba a ser bastante relajado, a los dos les pareció que lo mejor era estar en casa de Alberto. Con ese equipazo de música que tiene y esa colección de vídeos, estaba claro que podían pasarse una tarde tranquila. Y lo más importante: sin gastarse un chavo. Por si esto fuera poco, Alberto dispone de un jardín en su casa, con dos hamacas bien sombreadas por unos árboles, en las que resulta un verdadero deleite estar tumbado, hablando de lo divino y humano, en compañía de un pequeño perrito que se llama Lucas y que siempre anda jugueteando por el jardín.

En esto andaban plácidamente los dos muchachos al final de la tarde, cuando de pronto escucharon la voz de la madre de Alberto.

—¡Sinvergüenzas, nos han cortado el agua otra vez! —gritó en estado de crispación.

Los dos chavales se miraron haciendo un gesto de complicidad como si el tema no fuera con ellos. La madre continuó profiriendo insultos contra la compañía del agua, la Junta Municipal y hasta contra el Gobierno de la nación.

—¡Con el calorazo que hace! ¡Seguro que hasta dentro de tres días no nos podemos ni duchar!

Definitivamente, el ataque de nervios de la madre estaba destrozando la plácida conversación que mantenían los dos amigos. Iñaki, sin saber muy bien por qué, tomó una hoja de apuntes y comenzó a fabricar un barquito de papel. Cuando lo estaba terminando les cayó el marronazo.

—¡Y vosotros dos, que estáis haciendo el zángano de colmena, ya podríais acercaros a la fuente a llenar de agua un par de barreños! —«sugirió» amablemente la madre de Alberto.

Los dos amigos abandonaron las hamacas sin demasiado convencimiento, especialmente Iñaki, que iba desafiando con la mirada a la madre de Alberto mientras se abanicaba con el barquito. Agarraron los dos barreños y se dirigieron con desidia hacia la fuente de la calle.

—¡Y no os olvidéis de llenarlos al máximo! —les increpó la madre mientras se marchaban.

Cuando volvieron cargados con los dos barreños el mal humor era la nota predominante. Los dejaron a la entrada de la casa y se lo comunicaron a la madre de Alberto. Fue en esto que Lucas aprovechó la ocasión para brincar hasta el barreño de Alberto y, una vez en el agua, quedarse inmóvil como si se tratara de un cadáver. A los dos muchachos les hizo gracia, e Iñaki dijo que si Alberto tenía a su perrito en el barreño, él no iba a ser menos, por lo que puso a navegar dentro del otro recipiente su barquito de papel. Los dos chavales se olvidaron de su mal humor inmediatamente.

El barreño de Alberto estaba ahora como el de Iñaki, con la diferencia de que en el de su amigo flotaba un ligero barquito de papel mientras que en el suyo lo hacía su perrito Lucas.

Para evitar que la madre de Alberto se llevara otro sofocón debido a las bromas que se traían los dos muchachos, decidieron llevarlos al extremo del jardín. El nuevo esfuerzo les pareció inmenso y comenzaron a discutir sobre cuál podía pesar más. Alberto afirmaba que el suyo, ya que además del agua hasta el borde, estaba Lucas. Iñaki por su parte decía que eso no tenía nada que ver, y que su barreño debía pesar, por lo menos, tanto como el de Alberto.

La discusión no llegó a ninguna conclusión y la abandonaron, pero...

¿SABRÍAS TÚ CUÁL DE LOS DOS BARREÑOS PESABA MÁS?

6. A por las tijeras

EL JUEGO DE LOS RECORTABLES

La facultad de Alberto es relativamente nueva; se edificó a las afueras de la ciudad, y a sus espaldas se encuentran unos inmensos descampados. No se sabe muy bien cómo, pero el caso es que un buen día aparecieron unas chabolas de uralita y chapa que daban un aire muy, pero que muy cutre al paisaje.

Los del ayuntamiento pensaron en otorgar los terrenos, decisión que se ejecutó con relativa rapidez. Lo difícil comenzaba ahora: se trataba de construir unas casas prefabricadas y, lo que es más complicado, encontrar las pelotas para pagar los materiales.

Poco a poco los inmigrantes se iban dejando ver por el barrio, y como se traían un vacilón de órdago, fueron ganando popularidad. Tanta que la «Radikal-Popular», es decir, la asociación de vecinos, tomó cartas en el asunto.

—¡Compañeroos del barrio! ¡Compañeroos! Nos hemos congregado hoy las fuerzas vivas del barrio para proponer ideas sobre la integración de nuestros otros compañeros de las minorías étnicas... —decía una voz metálica desde la plaza que hay cerca de la facultad.

Alberto, que andaba por allí con Iñaki, le propuso acercarse para ver de qué iba el tema. Cuando llegaron se encontraron con un curioso personaje hablando por un megáfono. Llevaba unas barbas a lo Bakunin y una enorme tripa de esas que se tienen tras beberse los primeros veinticinco mil litros de cerveza.

—Sin lugar a dudas, ese pavo tiene que ser el presidente de la asociación —le dijo Iñaki a Alberto mientras se iban acercando.

Al llegar se encontraron con una especie de concurso. Consistía en aportar ideas para la distribución de los módulos de las casas prefabricadas para los inmigrantes. La verdad es que no tenía que haber muchas ganas de ir esa tarde a clase puesto que en la plaza se estaban encontrando con muchos compañeros de facultad.

—¿Vamos a ver en qué consiste el concurso? —le preguntó Iñaki a Alberto haciéndole un guiño de complicidad.

Cuando se acercaron pudieron comprobar que lo de menos era el concurso, ya que lo interesante era el contexto: una «lentejada popular» para recaudar fondos; una venta de bonos de solidaridad para lo mismo y guardaría popular, así como un largo etcétera de cosas «populares».

—Pues a mí me está dando que lo del concurso es un engaño —le dijo Alberto a su amigo.

—Sí, pero vamos a ver de qué va.

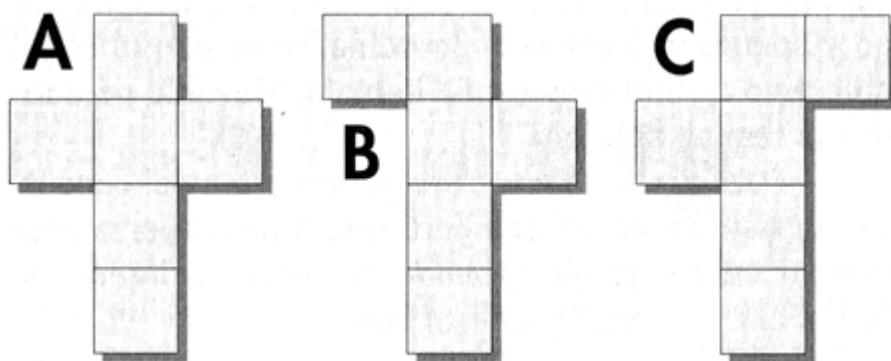
Una vez cerca, se encontraron al de la megafonía acompañado de un inmigrante; Alberto e Iñaki se acercaron a preguntar. El inmigrante parecía muy simpático y se presentó como el coordinador responsable del colectivo de inmigrantes. Se llamaba Mustafá, pero todos le llamaban Musti.

—Pues *veráis*. Yo te *diga*-yo te *explica*: el concurso consiste en coger una cartulina y unas tijeras para diseñar un recortable *formada* por seis cuadrados, de forma que se pueda hacer un cubo.

—¿Y para qué? —le preguntaron los dos chavales.

—Pues yo te *diga*-yo te *explica*: con los seis cuadrados se van a formar módulos para nuestras próximas viviendas prefabricadas, que se *construirán* bajo unos parámetros de máxima funcionalidad, dentro de la mayor economía de medios —les respondió Musti mientras el presidente de la asociación asentía.

—Aquí tenemos los tres primeros. Cuando los tengamos todos, regalaremos al ganador una ristra de morcillas de arroz, así como las obras completas de Rosa Luxemburgo encuadernadas en cueroflex —añadió el presidente de la asociación.



—¡Está chupado! —dijo satisfecho Alberto.

Fue entonces cuando Musti les advirtió:

—Efectivamente, pero primero tenéis que ver que los dos últimos recortables son en realidad iguales, porque sólo hay que darles la vuelta.

Todos los participantes se estaban dando cuenta de que llevarse los dos fabulosos premios no sería una cosa tan fácil.

El presidente sonrió y les dijo:

—Al comienzo os he dicho que los primeros serán para el que sea más rápido y más habilidoso. De modo que lo que quiero es que diseñéis todos los recortables posibles hechos a base de seis cuadrados. Utilizad la retícula de cuadrados que os he mostrado antes, y os servirá como ayuda para encontrarlos todos.

Alberto se quedó meditabundo y se preguntó:

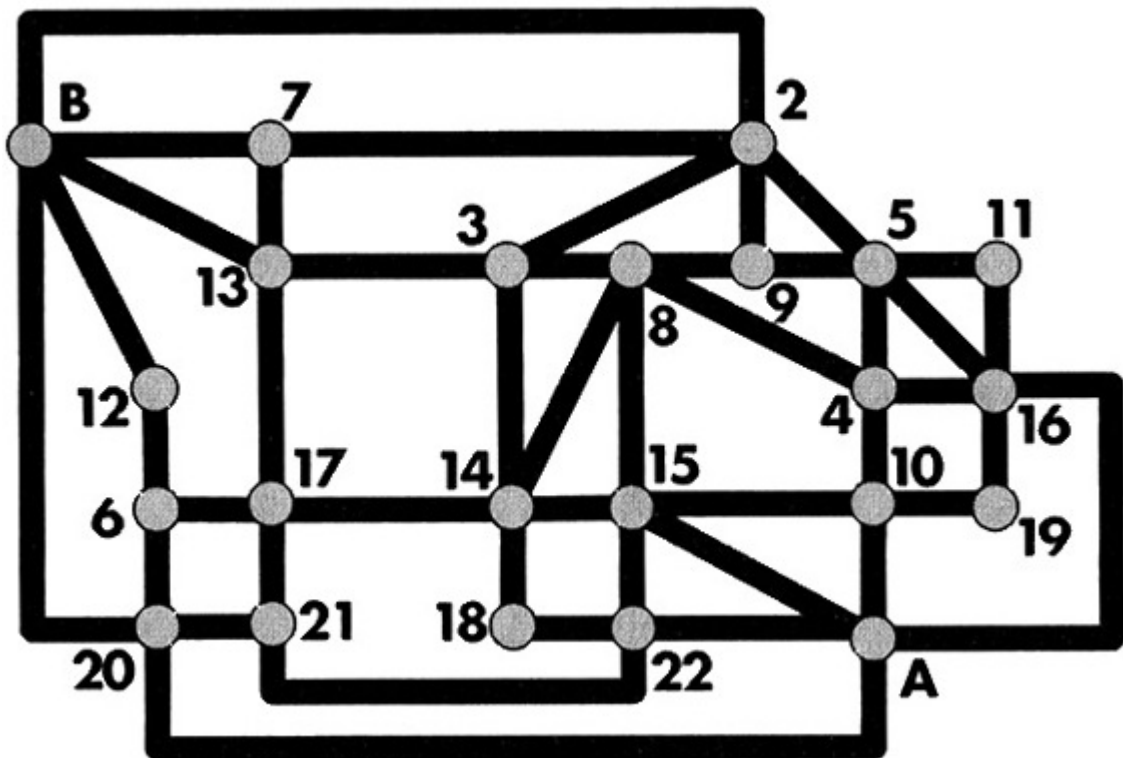
¿CUÁNTOS SON LOS RECORTABLES QUE SE PUEDEN HACER?

Al cabo de bastante rato, Alberto e Iñaki dieron a la vez con la solución. El presidente de la asociación de vecinos y Musti hicieron entrega de los sensacionales premios a los dos nuevos héroes de la lucha contra la marginación.

7. Lo que cuesta llegar hasta el cine... EL JUEGO DEL CALLEJERO

Durante un descanso, Alberto y los de su clase se encontraron en el bar. Entre copa y copa —no se sabe muy bien cómo salió el tema— la conversación desembocó en la nueva película de Sharon Stone, que se acababa de estrenar. Pronto empezaron a hacer planes para ir a verla esa misma tarde, a lo que se apuntaron trepientos.

Alberto, como siempre en plan organizativo, tomó la batuta y empezó a elaborar la lista de gente que iba. En total eran veinte. Luego les tomó las direcciones e hizo un plano asignando a cada amigo un número. Así sería más fácil y no habría repeticiones a la hora de ver cuál era el mejor recorrido para los coches y poder ir todos juntos. El objetivo era pasar por las casas de todos, pero una sola vez.



Alberto, dándose las de ingenioso, lanzó una pregunta al ruedo:
¿CUÁL ES LA SUCESIÓN DE NÚMEROS QUE DEBEMOS SEGUIR PARA CONSEGUIR EL OBJETIVO?

8. A todos nos gustan las guindas

EL JUEGO DE REPARTIR LA TARTA

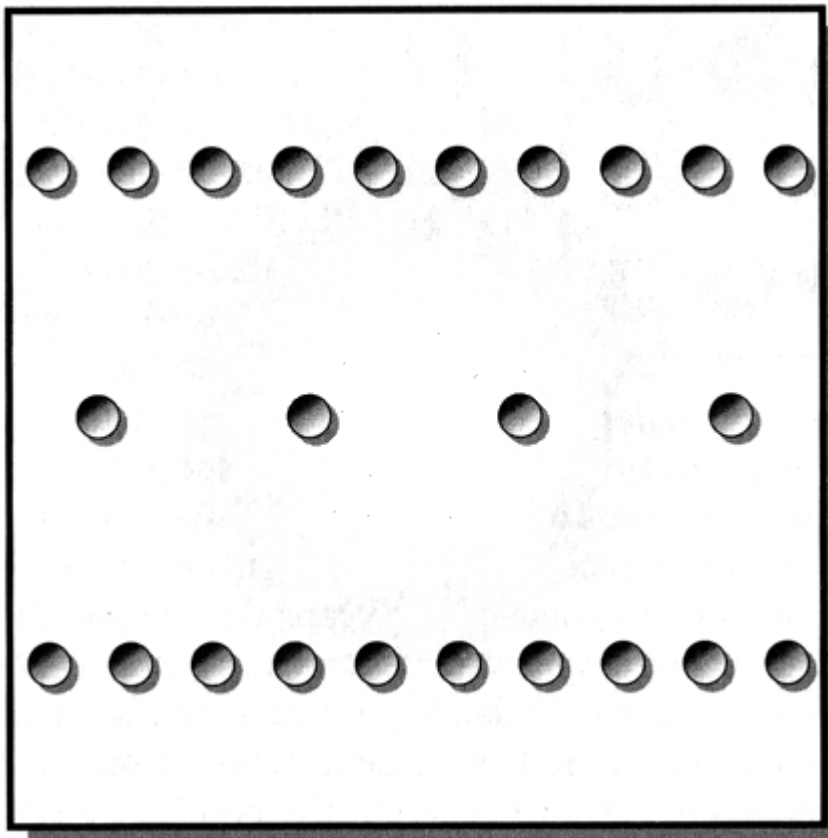
En la celebración del día del cumpleaños de Alberto no podían faltar sus amigos ni una gran tarta. Había que comenzar seleccionando el local. El elegido fue un *burger* que se llama Paco's, gracias al nombre de su propietario. A Paco le caen muy bien Alberto y sus compañeros de clase, por lo que el día del cumpleaños él mismo hizo una tarta muy especial.

Con lo golosos que son nuestros amigos, a Paco se le ocurrió hacer una gigantesca tarta cuadrada con chocolate por dentro y una enorme capa de nata por fuera. Paco es bastante despistado: mientras hacía la tarta pensaba que se le estaba olvidando algo, pero no caía en qué.

Se iba acercando la hora de la celebración y todas las tiendas comenzaban a cerrar. Cuando Paco terminó de dar la última capa de nata a la enorme tarta cuadrada descubrió lo que se le había olvidado: las velas. Salió corriendo a comprarlas a la tienda, pero ésta ya se encontraba cerrada.

Paco volvió al *burger* algo molesto por su despiste. Se quedó mirando su riquísima tarta y pensó que, aunque sabría de maravilla, habría que adornarla de alguna forma para que no quedara tan triste. Miró en su despensa y encontró un tarro de guindas en almíbar. Pensó en la distribución y en un momento las colocó.

Ahora sí que estaba la tarta realmente bonita, y sin duda Alberto y sus amigos pasarían por alto el despiste de las velas.



Alberto apareció con sus siete mejores amigos, por lo que en total contabilizaban ocho. El plan para esa tarde ya estaba definido: primero se pondrían morados de tarta y luego se irían a un local de música en vivo para tomar unas copas.

Ya dentro del *burger*, los chavales se sentaron en una gran mesa y, rápidamente, Paco apareció con la tarta cantando «cumpleaños feliz». Cuando los amigos de Alberto vieron semejante tarta comenzaron a gritar.

—¡Hala, qué pasote de tarta! ¡Cómo nos vamos a poner!

Paco estaba muy satisfecho y, sacando un cuchillo enorme, dijo:

—Pues ahora, amigos, ¡a comer!

Ñaki y Marcelo comenzaron a pedir a coro:

—¡Nuestro trozo con muchas guindas! A lo que el resto de la marabunta añadió:

—¡Y el mío también!

En un segundo se desató una discusión entre todos los chavales que amenazaba terminar en batalla campal con guerra de tartazos incluida. Paco se dispuso a serenar los ánimos y sugirió:

—Lo que está claro es que no tenéis quince años y no podéis andar discutiendo; me parece más lógico que decidáis quién se lleva el trozo con más guindas. ¿Qué os parece la idea?

Todos los chicos, y Alberto el primero, comenzaron a exponer por qué le debería corresponder a ellos un trozo con más guindas que a los otros. Posiblemente se debía más a una forma de dar la vara que a la glotonería, pero así se estaban poniendo las cosas.

—Como es mi cumpleaños, yo creo que me merezco más —dijo Alberto.

Y lógicamente aquello se convirtió en una sucesión de argumentos de por qué a cada uno de los presentes le correspondía en justicia una mayor cantidad de guindas.

Todo intento de conciliar los ánimos parecía condenado al fracaso, cuando Yvonne, que llevaba un largo rato callada y contemplando la tarta, dijo:

—¡Por favor, amigos, prestadme atención un momento! Si miráis bien la tarta, hay una forma de dividirla en ocho partes iguales y que cada parte lleve el mismo número de guindas.

Los ocho amigos se quedaron mirando la tarta y, efectivamente, se podía hacer. Yvonne había evitado que la fiesta de cumpleaños terminara en batalla.

¿CÓMO ERA POSIBLE?

9. El pincho de dados

EL JUEGO DE LAS CARAS ATRAVESADAS

Varias semanas después de haber encontrado la solución ideal para el alojamiento de Musti y sus demás compañeros, se decidió organizar una fiesta en condiciones. Todos los estudiantes que habían colaborado en el proyecto fueron invitados. El que más y el que menos sentía una curiosidad enorme por conocer cómo podía ser una fiesta tradicional marroquí.

Musti había estado hablando con Alberto y con Iñaki de asar un cordero y preparar un gran cuscús, cosa que le hizo recordar a Alberto algo que había visto en una tienda de dulces y que pensaba llevar a la fiesta.

—Mira, Musti, para el momento del café o el té a la menta no te preocupes, que yo me encargo de acompañarlo con una especie de pincho moruno, pero en dulce.

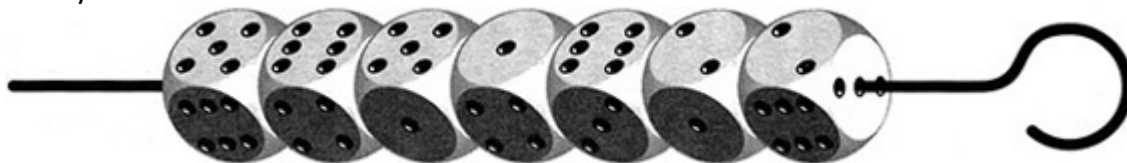
Musti puso cara de póquer y, tras acordar la fecha y hora, se marchó como había venido.

Iñaki miró a su amigo y le preguntó qué era eso de los pinchos morunos «pero en dulce». Alberto le contó que el día anterior había estado en una tienda de caramelos con su hermana pequeña y había encontrado unos que le habían llamado la atención.

—Además, si nos invitan tampoco es cosa de presentarnos por la cara —terminó diciendo.

Llegó el día de la comida, todos se lo pasaban de maravilla, aquello sí que era una fiesta étnica con todas las de la ley: desde comida típica hasta música tradicional en vivo, interpretada por Musti y sus compañeros.

Cuando llegaron a la sobremesa, estaban a punto de reventar. De toda la comida que habían preparado no había sobrado nada; y ahora lo que se terciaba era una buena tertulia acompañada de té a la menta. Fue en ese momento cuando Alberto sacó la bolsa de caramelos. La verdad es que los había elegido muy bien. En la bolsa había doscientos, y eran muy curiosos, blanditos y con forma de dado.



Felixín los conocía y dijo:

—¡Andá! Estos son de los que se ensartan de siete en siete en un palillo, como si fuese un pincho.

Alberto, que había estado la tarde anterior examinándolos, añadió:

—¡Efectivamente! Se meten introduciendo el pincho por una cara y sacándolo por la opuesta. Son un poco como un pincho moruno.

Todos se quedaron mirando los caramelos con gesto goloso y empezaron a gritar:

—¡Que los reparta, que los reparta!

Antes del reparto, Musti y sus compañeros comenzaron a contar anécdotas de ingenio revestidas como cuentos de *Las mil y una noches*, y proponiendo adivinanzas. Es por esto por lo que volvió a mirar los caramelos y se le ocurrió una idea.

—Muy bien, amigos, vamos a repartir los caramelos, pero os propongo una cosa. Para serenar los ánimos vamos a pensar un poco con una adivinanza. El que la acierte será el primero en recibir los caramelos de Alberto. El resto esperará hasta el fin de la fiesta. El tema se estaba poniendo serio, ya que todos los presentes tenían algún huequecillo en el estómago reservado para los dulces. De modo que se callaron mientras se les iba haciendo la boca agua.

Musti cogió un palillo y siete caramelos, miró desafiante a todos los invitados y dijo:

1. ¿SERÍA POSIBLE SABER CUÁNTO SUMAN LAS CARAS ATRAVESADAS POR CADA PINCHO?

El silencio fue absoluto.

De pronto, Alberto levantó la mano y dijo:

—Aunque yo he sido el que los ha traído, voy a ser el primero en darme el banquete. Creo que soy capaz de adivinar la suma sin ver los dados, se inserten como se inserten en el pincho.

Todos los presentes miraron a Alberto con la boca abierta, y fue en ese momento cuando Alberto concluyó:

—Es más: apuesto a que sé el número en cuestión con sólo decirme los dados que se ponen, aunque sean más o menos de siete.

2. ¿CÓMO ES POSIBLE RAZONARLO?

Musti colocó los caramelos y Alberto, efectivamente, acertó el resultado de la suma, por lo que pudo devorar los dulces ante los ojos atónitos y envidiosos de sus compañeros.

10. ¿Cuál de los dos es mejor?

EL JUEGO DE LOS DOS RELOJES

A Alberto le habían regalado un estupendo reloj digital y, sin cortarse un pelo, se iba pavoneando delante del que estuviera dispuesto a escucharle. Los de su clase no le prestaban ya la menor atención, con lo que Alberto tuvo que dedicarse a dar una vuelta por el bareto de la facultad esperando encontrar a alguien. Fue en ese momento cuando apareció Borja, con sus habituales aires de superioridad. Alberto dejó que se acercara a él y, naturalmente, aprovechó la ocasión de fardar con su estupendo reloj.

—Hola, Borjita, ¿qué tal? ¡Mira qué dabuten del palmeruten es mi nuevo reloj digital! —le dijo entusiasmado.

—Bueno, la verdad es que tiene buena pinta para poder tirarte el rollo en una bodeguilla de barrio, mientras te cenas unos huevos fritos con chorizo.

Alberto se quedó petrificado, aquello le supo a cuerno quemado. Borja continuó:

—El que yo tengo es analógico, como los de siempre, de una elegancia clásica, aunque manteniendo una cierta línea deportiva con el fin de restarle formalidad. ¡Cuesta doscientos talegos!

—Pues mira, el mío no sólo es digital, sino que además tiene un montón de funciones, aparte de dar la hora. Verás, te voy explicando... —dispuso Alberto con satisfacción.

Borja ya empezaba a estar un poco hasta el moño de tanto escuchar las excelencias del reloj de Alberto. No sabía muy bien cómo volver a ponerlo en su sitio, cuando de pronto se le ocurrió una idea.

—Albertito:

1. ¿CUÁNTAS VECES LA HORA DE TU RELOJ ES CAPICÚA?

—le preguntó Borja haciéndose el ingenuo.

Alberto comenzó a darle vueltas a la pregunta, pero no era fácil encontrar una respuesta. Cuanto más se lo pensaba, más notaba el gozo que sus dudas producían en Borja. Quizás estos quebraderos de cabeza eran el pago a tanta fanfarronería. Sin embargo, seguro que había una solución.

Levantó la mirada desafiando a Borja y, algo coloradote de rabia, le dijo:

—A ver, listillo, mientras yo calculo tu pregunta,

2. ¿SERÍAS CAPAZ DE DECIRME CUÁNTAS VECES LAS AGUJAS DE TU RELOJ ESTÁN JUNTAS, COMO CUANDO SON LAS DOCE Y PARECE QUE UNA DE ELLAS SE HA PERDIDO?

Los dos compañeros quedaron largo tiempo sumidos en inútil concentración, pues no consiguieron hallar la respuesta. En todo caso, Alberto se lo pensó dos veces a partir de entonces antes de pavonearse por nada.

11. Una bicicleta de montaña para tres

EL JUEGO DE LOS TRES CANDADOS

Un día, Alberto e Iñaki andaban comentando lo bueno que sería volver a hacer algo de deporte, dado que con tantos botellines, tantas siestas y tantas horas sentados se veían venir que al terminar la carrera tendrían una buena tripilla. La cosa era encontrar un deporte moderno, vistoso y con cierto nivel. Estaba claro que lo suyo no era ni el kárate ni el golf.

Mientras caminaban por la calle, se pararon de pronto frente al escaparate de una tienda de deportes. Allí estaba lo que andaban buscando. Entre tablas de *surf*, parapentes, raquetas de *squash* y aletas de buceador, apareció algo que se convirtió inmediatamente en el sueño de nuestros dos amigos: ¡una bicicleta de montaña! El único problema es que costaba un pastón.

Durante los días siguientes, cuando volvían de clase, no había tarde que los dos amigos no permanecieran un buen rato contemplando la bici en el escaparate. La miraban y comenzaban a fantasear sobre lo bien que se lo iban a pasar, además del cuerpazo serrano que se les iba a poner, si algún día llegaban a comprarla. El gran problema seguía siendo el precio. Con lo poco que recibían cada uno de paga semanal y lo poco que tenían ahorrado pasarían meses hasta que alguno de los dos pudiera comprarla.

Los días iban pasando mientras las ganas de tener la bicicleta aumentaban. Por más vueltas que le daban al asunto sólo parecía haber una solución: encontrar a un tercero y comprarla entre los tres. La idea les pareció de lo más sugerente, de modo que fueron a planteárselo a Yvonne, pues no se les ocurrió una candidata mejor.

—Mira, reina mora, seguro que tú en Bruselas ibas a todas partes en bici, hacías deporte y te sentías bien, y no como ahora que estás echando unos michelines que, francamente... —le dijeron los dos al unísono.

Este último argumento fue el que convenció definitivamente a la buena de Yvonne. Así pues, los tres juntaron sus ahorros, calcularon el dinero que ya tenían y se dispusieron a comprar la ansiada máquina de dar pedales.

Un sábado bien temprano se encontraron los tres en la puerta de la tienda de deportes, entraron, y se la llevaron. La verdad es que se les hacía la boca agua cuando el dependiente retiraba la bicicleta del escaparate. Durante todo el largo día, Alberto, Yvonne e Iñaki estuvieron campo arriba, campo abajo.

Los tres se turnaban compitiendo sobre quién era más hábil al manillar.

Por la tarde ya estaban rendidos, y tenían unas agujetas de mil demonios, por lo que decidieron separarse hasta el día siguiente.

—Bueno, chicos, ¿qué os parece si lo dejamos por hoy? Podemos quedar mañana a la misma hora, ¡si es que no nos levantamos muertos! —dijo Alberto.

—Muy bien, yo me puedo llevar la bici y guardarla en el jardín de mi casa —propuso Iñaki.

—¡Qué cara más dura! ¿Y por qué no me la llevo yo a la mía? —le planteó Yvonne.

—¡O yo! —dijo Alberto.

El caso es que, aunque estaban agotados, encontraron las fuerzas para iniciar una discusión sobre quién debería llevarse la bici. Las posiciones parecían irreconciliables, como era de suponer.

La bici era de los tres y ninguno quería que el otro la tuviera en su casa, sino que estuviera a disposición de cada uno de ellos.

Alberto encontró una solución:

—La bici puede dormir en la calle, pero con una cadena para que no se la lleve nadie.

Dicho esto, se dio una carrera hasta su casa para traer una cadena que guardaba en el jardín.

El tema parecía resuelto. Alberto apareció al poco rato con una cadena y un candado de

máxima seguridad.

—Aquí estoy de nuevo, traigo un candado con una llave. El próximo día podéis sacar una copia y así podréis abrirlo y cerrarlo cuando queráis —dijo Alberto con decisión.

—Oye, pues si utilizamos un candado que yo tengo me ahorro hacer la llave. Además, mi candado es tan bueno o mejor que el tuyo —le respondió Iñaki algo enfadado.

—Pues yo creo que tenemos que utilizar el que yo tengo, porque es muy seguro y además la llave es difícil de reproducir porque está fabricada en Bélgica —concluyó Yvonne.

Al final decidieron utilizar los tres candados, aunque sólo tenían una llave cada uno, correspondiente a su propio candado. Pero...

¿CÓMO SERÍA POSIBLE QUE CUALQUIERA DE LOS TRES PUDIERA UTILIZAR LA BICICLETA ABRIENDO SÓLO UN CANDADO?

12. ¡Vaya con la muñeca!

EL JUEGO DE LOS PARENTESCOS

La hermana pequeña de Alberto tiene una merecida fama de ser bastante quisquillosa. Nunca hace nada sin que esté todo perfectamente organizado. Totalmente lo contrario de lo que le ocurre a Alberto.

La diferencia de edad es bastante grande, y por ello normalmente no suelen jugar juntos muy a menudo. Además no se suelen poner de acuerdo ni tan siquiera para definir las normas del juego. No obstante, a veces a Alberto le cae el embolado de tener que quedarse en casa cuidándola. Sus padres les suelen alentar entonces para que sean capaces de permanecer juntos sin llegar a regañar, y en esto se encontraban los dos la otra tarde...

—Bueno, ¿qué podemos hacer? —preguntó Alberto a su hermana con un resoplido de desinterés.

—¡Podemos jugar con las muñecas! —respondió ella entusiasmada.

—¡Qué pestiño de tarde me espera!

La hermana de Alberto se dedicó a convencerlo, y para eso nada mejor que mostrarle su nueva muñeca: la Gertrudis. Alberto la miró con cierto escepticismo, mientras decía a su hermana:

—Tendremos que buscar el parentesco de cada uno de nosotros con la muñeca.

A la hermana le pareció una idea genial. Ella ya había organizado el parentesco de Gertrudis con el resto de sus otras muñecas, pero con ella misma y con su hermano era algo que no se le había ocurrido todavía.

—Haremos que es mi sobrina —añadió Alberto con cierto aire de resignación.

—¡Pues no!, porque si yo soy tu hermana, Gertrudis será también mi sobrina y yo no quiero que sea mi sobrina. Yo ya tengo otra muñeca que es mi sobrina —respondió ella en tono altanero.

—Sí, vale, tienes razón, pero tú y yo no podemos dejar de ser hermanos.

—Manuela, la muñeca de las trenzas largas y rubias, es mi sobrina —dijo la hermana de Alberto.

—Entonces, si Manuela es tu sobrina, yo sería su padre, y esto me parece bien, pero sigo sin saber qué parentesco tendremos con Gertrudis —añadió Alberto.

Los dos hermanos continuaron buscando sus respectivas relaciones familiares con las muñecas, pero ella insistía en que no quería que Gertrudis fuera su sobrina. Alberto empezaba a perder los nervios, pero antes de iniciar una discusión prefirió utilizar la cabeza para hallar una solución y poder ser el tío de Gertrudis. De modo que con estos antecedentes, la pregunta estaba clara:

¿CUÁL ERA LA RELACIÓN DE PARENTESCO DE LA HERMANA DE ALBERTO CON GERTRUDIS?

13. Lo que pasa por no saber idiomas

EL JUEGO DE LOS DONUTS

El *burger* Paco's llevaba tiempo que no podía dar abasto. Como todos los compañeros de Alberto en la facultad acudían allí cada clase que se fumaban y el negocio prosperaba, Paco pensó en ampliar la empresa y diversificar actividades. Pensó en poner una tienda de donuts, pero para eso había que localizar primero la mejor maquinaria.

De todo el mundo es sabido que las mejores máquinas productoras de donuts se fabrican en Alemania. De modo que, sin pensárselo dos veces, Paco contactó con un amiguete que había emigrado a aquel país para que le comprara el artefacto.

Pasaron los días mientras Paco ponía en condiciones la ampliación del local. Justo cuando ya lo tenía todo listo, llamaron a su puerta, con una efectividad germánica, la abrió y se encontró de frente con un vikingo de dos metros que, mientras le hacía papilla la mano con el apretón, le dijo:

—*Hallo, Guten Tag! Ich bin Herr Grossmann, und komme mit dem Donutswerksgercit und wollte ich Ihnen gerne zeigen...*

Paco se quedó sin habla. Lo más que consiguió emitir fue un sonido como «Oogg», para luego caerse de espaldas del susto. El caso fue que cuando se le pasó el soponcio dejó al alemán hacer y él se dedicó a lo suyo: las hamburguesas.

El tal Grossmann trabajaba que se las pelaba. Paco echaba de vez en cuando una ojeada y sólo llegaba a ver la silueta del bigardo moviéndose a una velocidad que cortaba el viento. Parecía que lo habían sacado de los dibujos animados. Paco se fue a echar la siesta y, cuando empezaba a soñar que descendía de un avión en el Caribe, Grossmann le despertó. Le condujo hacia la máquina y le explicó su funcionamiento con una demostración en directo.

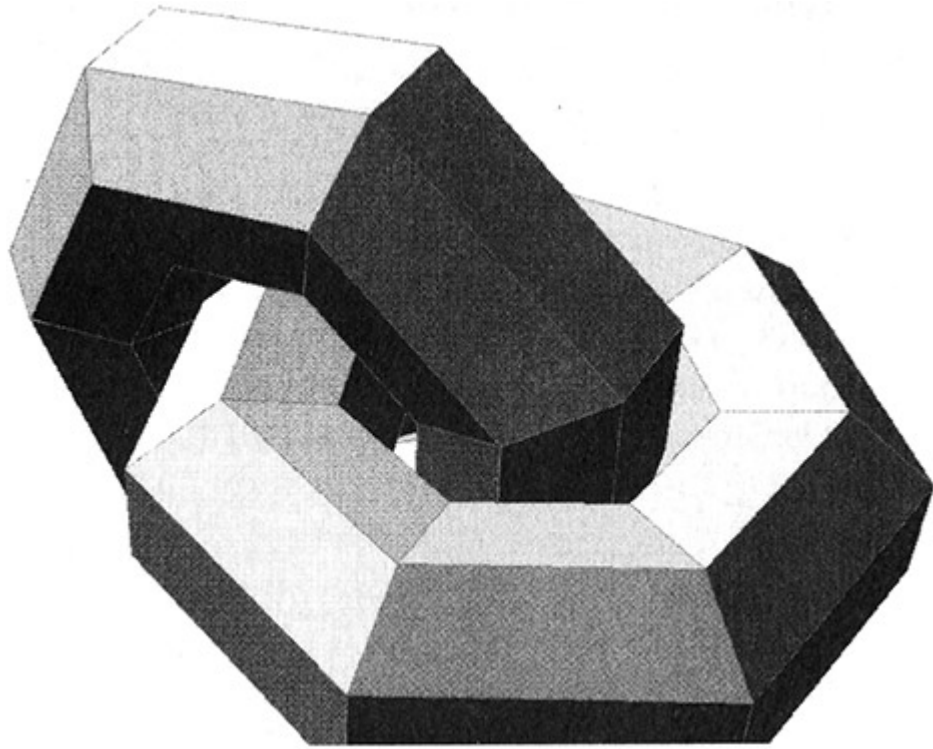
—*Hier müssen Sien den knopf drücken und dann..., aber da kommt der Funktion für...*

—Mira, majete, por mí no te hagas mala sangre, que yo soy más listo de lo normal y me quedo con la copla que no te lo puedes ni creer —le respondió Paco mientras le acompañaba a la puerta para quitárselo de encima.

Cuando tomó un respiro, se puso manos a la obra. Primeramente miró los quince tomos de instrucciones que Grossmann le había dejado y al comprobar que estaban en alemán, se dijo:

—Esto sí que tiene... ¡bemoles! Bueno, nada de técnica que esto me lo soluciono yo a base de ingenio.

Paco puso la máquina de donuts en funcionamiento; aquello se parecía más bien a la estación de seguimiento de satélites de Robledo de Chavela. Cuando salieron los primeros donuts tenían algo extraño que no terminaba de entender...



A pesar de todo, decidió ponerlos en venta, ya que le parecían curiosos. El éxito fue total. Casi se puede decir que se los quitaban de las manos. Paco, satisfecho, comentaba a sus amigos:

—Je, je, je. ¡A mí me van a venir estos listillos alemanes a marear la perdiz!

Casualmente Alberto pasó por la tienda de Paco y no pudo evitar comprar uno, por supuesto. En la facultad la extraña forma de los donuts causó un cierto revuelo: todos querían verlo y ¡probarlo!

Alberto puso cara de travieso y propuso lo siguiente:

—Se ganará un trozo aquel que acierte el número de caras que tiene el donut.

¿QUÉ NÚMERO EXACTO DE CARAS TIENE ESTA FIGURA GEOMÉTRICA?

14. ¡Que viene el vendedor de chicles!

EL JUEGO DE LOS ENVOLTORIOS

Un día, la entrada de la facultad apareció sembrada de unos extraños papelitos en los que había una leyenda que avisaba de la llegada al día siguiente de «la caravana del chicle Maracuyá». Nadie entendió qué significaba eso, y rápidamente todos se olvidaron del tema.

Al día siguiente, cuando salían de clase los alumnos, se encontraron con la sorpresa. A las puertas de la universidad había una caravana circense que anunciaba el comienzo del espectáculo de «el nuevo chicle Maracuyá».

Todos los amiguetes de Alberto, muy impresionados, comenzaron a bromear sobre lo que estaba sucediendo. Primero llegaron los gigantes repartiendo propaganda del nuevo chicle. Nadie daba crédito a sus ojos al ver a esos hombres que andaban sobre patas de dos metros y que iban ataviados con pantalones de colores tan chillones. Luego aparecieron unas bailarinas negras que llevaban en la cabeza unos extraños sombreros adornados con frutas tropicales y que cantaban una canción que tenía por estribillo «Maracuyá, Maracuyá». Los estudiantes comenzaron enseguida a lanzar piropos.

Después vino un grupo de enanos dando volteretas a la vez que gritaban: «Con el chicle Maracuyá haréis globos tan grandes como nosotros». Hasta los más combativos estudiantes del sindicato se tronchaban de risa. Por último, se hizo un momento de silencio y explotaron en el cielo unos fuegos artificiales. Cuando terminó la traca, un individuo tomó la palabra:

—¡Y ahora, queridos jóvenes! ¡¡¡Con todos vosotros, el hombre del chicle Maracuyá!!!

De la caravana cayó un telón y apareció como de la nada un hombre totalmente vestido de blanco. Alberto se quedó mirando a Iñaki y pensó: «A mí me parece que yo a éste le he visto antes en un anuncio de detergente».

El caso es que el hombre de blanco empezó a contar chistes y, verdaderamente, consiguió captar aún más la atención de todos los presentes y hacerles reír. Con tanta expectación como estaba generando, primero los más impacientes, y luego el resto, todos empezaron a gritar:

—¡Queremos chicles, queremos chicles!

El hombre de blanco agarró un micrófono y, luciendo una gran sonrisa esmaltada, les respondió:

—¡Hoy tenéis la suerte de aprovechar una maravillosa oferta!

Todos los estudiantes preguntaron a coro:

—¿Sííí? ¿Cuál?

—Pues muy sencillo: por cada cinco envoltorios del nuevo y maravilloso chicle Maracuyá que me entreguéis, yo os regalare uno.

Y en esto apareció una mujer barbuda vendiendo los chicles. Claro, después de tanto circo bien podían sufrir la tentación consumista. Borja fue el primero en salir pitando a por los chicles y se compró cincuenta y tres. Les quitó el envoltorio y canjeó cuantos pudo para regalárselos a su «club de fans».

Alberto lo observó a su regreso y le preguntó:

¿CUÁNTOS CHICLES CONSEGUISTE EN TOTAL, TENIENDO EN CUENTA TANTO LOS QUE TE HAN REGALADO COMO LOS QUE COMPRASTE?

15. Cuestiones eléctricas

EL JUEGO DE LOS INTERRUPTORES

Alberto acababa de heredar de su primo una vieja Vespa que se encontraba en un estado francamente lamentable. No dejándose comer la moral, se dedicó durante una mañana a repintar la chapa para después meterle mano al motor.

Con grasa hasta las orejas, logró petrolearse el carburador y algunas otras partes. Infló las ruedas y sacó brillo al espejo retrovisor. Cuando parecía que ya la tenía lista, probó a arrancarla mientras se decía: «¡De ésta me las llevo a todas de calle!»

Tras varios intentos que resultaron fallidos, Alberto decidió que, definitivamente, estaba obligado a seguir investigando esta «flor de asfalto». Después de darle vueltas y vueltas al tema, concluyó que la solución tenía que pasar por el sistema eléctrico. El problema era que Alberto no sabía nada de electricidad. Se concedió un momento de reflexión, tras el cual llegó a la conclusión de que lo mejor era informarse. Para eso nada mejor que darse una vuelta por la biblioteca de su padre a ver qué encontraba.

No tuvo que buscar mucho para dar con un libro que llevaba por título *Electricidad básica al alcance de toda la familia*.

Comenzó a leerlo con mucho interés. Al final del primer capítulo descubrió un ejercicio práctico sobre cómo hacer un circuito simple para que se encendiera una bombilla. Se decidió a construirlo y olvidó el tema de la moto.

Corrió hacia el desván y allí encontró una caja de herramientas con todos los materiales que necesitaba.

Dibujó el circuito que aparecía en el libro y se dio cuenta de que algo no le terminaba de convencer.

—Con lo lentamente que se aprende en este libro y lo simples que son sus ejemplos, me parece que arreglo mi moto cuando las ranas críen pelo, de modo que voy a experimentar por mi cuenta.

Subió otra vez al desván y volvió al rato cargado de cables, bombillas e interruptores. ¡El circuito que iba a diseñar sí que estaría a la par de los de la NASA! Se puso manos a la obra, y cuando estaba a punto de terminar, apareció su amigo Iñaki acompañado del repelente Borja.

—Hola, Alberto. He venido en mi GTI blanco con Iñaki porque esta noche en casa de Chechu hay una fiesta que va a ser la más-más y la muy-muy. Pero ¿qué estás haciendo? —le preguntó de pronto el repelente con curiosidad.

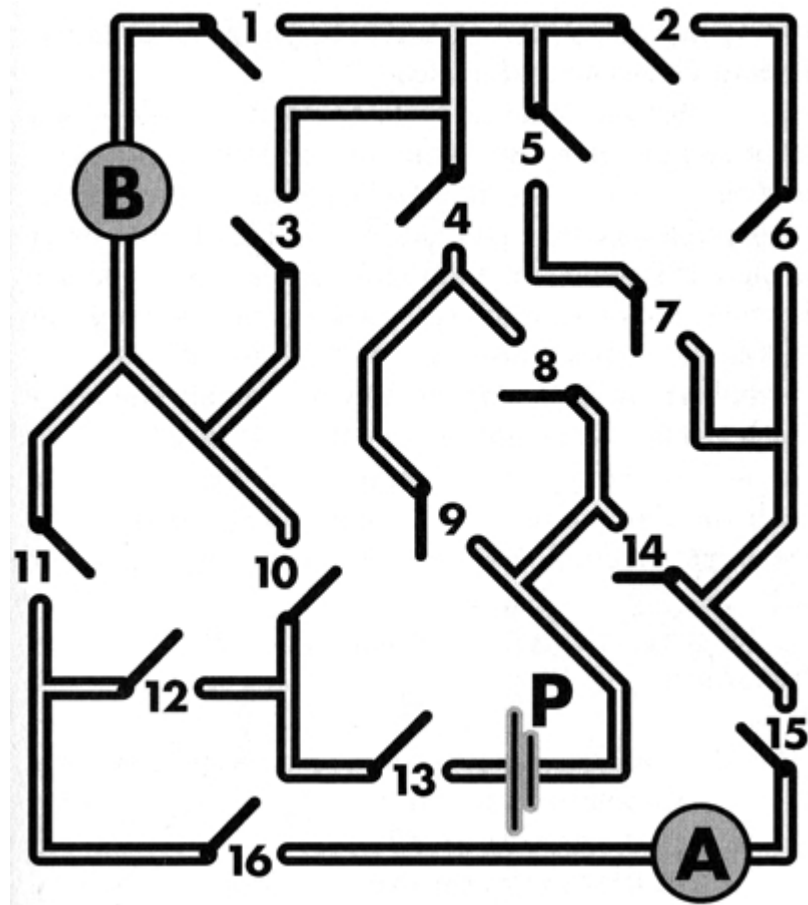
—Se trata de la primera fase de una historia que se me ha ocurrido, pero es mejor no hablar de ello por el momento. No obstante, te adelanto que esta parte del proyecto la forman un complejo circuito eléctrico, dos bombillas y una pila para encenderlas —dijo Alberto adoptando un tono de voz parecido al de los científicos que salen en la tele para explicar el funcionamiento de una central nuclear.

—¡Menuda tontería! —le respondió Iñaki—. Yo en mi casa tengo un libro que se llama *Electricidad básica al alcance de toda la familia*, y en el segundo capítulo cuenta cómo hacer un doble circuito de la manera más sencilla. ¡Vámonos para la fiesta, que por lo menos nos podamos poner hasta arriba de minis de cerveza!

Alberto se puso tan colorado que parecía que fuera a echar humo de un momento a otro.

—Por Snoopy, me imagino que para encender las bombillas querrás cerrar el mínimo número de interruptores —continuó Borja palpándose la gomina del pelo.

Los tres se quedaron mirando el invento y se preguntaron:



¿QUÉ INTERRUPTORES DEBERÍAN CERRARSE PARA ENCENDER LA BOMBILLA A?

¿CUÁLES PARA LA B?

¿CUÁLES PARA ENCENDER LAS DOS BOMBILLAS A LA VEZ?

¿CUÁL ES EL MÍNIMO DE INTERRUPTORES QUE SE DEBEN CERRAR PARA PROVOCAR UN CORTOCIRCUITO?

Borja había desencadenado un reto fatal. Se olvidaron de la fiesta y dedicaron el resto de la tarde a hacer experimentos eléctricos, mientras que la moto de Alberto quedaba definitivamente para chatarra.

16. Y todo por quedar bien...

EL JUEGO DE LAS CARTULINAS

Un día, durante una hora muerta en el bar, alguien sacó un juego de cartulinas numeradas, y propuso a Yvonne y al resto de contertulios jugar con el fin de matar el tiempo. A causa de la presencia de la muchacha, un corro de chicos se fue formando alrededor de la mesa. Iñaki se encontraba colocando las ocho cartulinas sobre la mesa, y fue en esto que apareció Alberto quien, de pie, pudo ver la colocación de las cartulinas de la misma forma que se muestra en el dibujo.



Iñaki alzó la mirada de la mesa diciendo:

—La pregunta es sencilla:

1. ¿CÓMO SEPARAR LAS CARTULINAS, EN DOS GRUPOS DE CUATRO CADA UNO, DE FORMA QUE AMBOS GRUPOS SUMEN LO MISMO?

Iñaki añadió que la solución habría que encontrarla en un tiempo breve, ya que la siguiente clase no tardaría en comenzar. Todos los compañeros de la clase que se encontraban allí empezaron con sus cavilaciones entre miradas de soslayo a Yvonne, que parecía divertirse de lo lindo.

A Alberto se le estaba poniendo la punta de la nariz roja de tanto apoyar el dedo en ella. Él también miraba de reojo a Yvonne que, sentada, no paraba de hacer cálculos mentales.

«Me acercaré a la mesa y me pondré a mover las cartulinas en diferentes posiciones hasta dar con la solución», pensó Alberto.

Cuando estaba con las manos en la masa, ¡zass!, lo hizo con tan mal tino que las cartulinas se le cayeron al suelo.

—¡Qué mala pata! —dijo Alberto, que, nervioso, las volvió a colocar en la mesa ante la correspondiente risotada de todos, especialmente de Yvonne. Pero, de pronto...—: ¡Anda! —soltó Alberto mirando los resultados.

Efectivamente, el milagro se había producido. Alberto había tenido buena suerte.

2. ¿QUÉ ES LO QUE HABÍA HECHO ALBERTO PARA DESCUBRIR LA RESPUESTA?

17. Cuestión de cumpleaños

EL JUEGO DE DESCUBRIR LOS SECRETOS EN LAS FECHAS

Alberto estaba en casa de Iñaki pasando la sobremesa de un sábado, cuando les cayó un marronazo inesperado. Los padres de Iñaki se proponían ir a visitar a unos parientes que hacía tiempo que no veían, y por aquello de quedar bien, sugirieron a Iñaki que les acompañara, cosa que a Iñaki no le hacía ninguna gracia. Este, a su vez, le sugirió a Alberto que no lo dejara solo, y como Alberto no parecía muy convencido, Iñaki le empezó a contar las excelencias que había en esa casa: que si una biblioteca muy grande, con muchos libros que curiosear; que si... Y además el primo menor de Iñaki era muy divertido, pero sobre todo algo retorcido. Alberto debió pensar finalmente que acompañando a Iñaki la tarde resultaría algo más soportable y, caramba, para eso están los amigos.

Una vez en la casa, reunidos todos en la biblioteca, Alberto, Iñaki y su primo menor sirvieron la merienda mientras los padres se dedicaban a hablar de sus cosas. Los tres chavales no prestaban demasiada atención a los asuntos de los mayores, puesto que se estaban poniendo morados con una tarta que les había sobrado de un cumpleaños muy reciente: el del primo de Iñaki.

Al cabo de un rato comenzaron a darse cuenta de cómo los mayores iban alzando el tono de voz. No le daban importancia, puesto que mientras quedara tarta tenían otras prioridades. El caso es que, a medida que los muchachos acababan el pastel, los mayores se iban acalorando más y más. La verdad es que aquello se parecía cada vez más a una jaula de grillos o a una terapia de grupo, pero sin director de terapia, que al salón de una casa con su estupenda biblioteca. La situación llegó a tal extremo que a los chavales no les quedó más remedio que interrogarse sobre qué tema era éste que podía levantar tantas pasiones.

Los tres prestaron atención y entendieron un poco lo que pasaba: los padres estaban hablando de política y de las futuras elecciones. Lo único que sabían Alberto e Iñaki sobre elecciones es que ellos pasaban bastante del tema y de votar. Sin embargo, los dos preguntaron al primo pequeño cuándo podría él hacerlo, dado que era bastante menor que ellos. Fue entonces cuando el primo hizo una mueca y les dijo:

—Anteayer tenía quince años, pero el año que viene podré votar en las elecciones porque ya tendré dieciocho.

Alberto e Iñaki se quedaron boquiabiertos. Le dijeron que eso no era posible, pero el primo insistía afirmativamente.

—No me puedo creer que si tenías quince años hace dos días, puedas llegar a tener dieciocho años tan pronto —dijo Iñaki con una gran seguridad.

Iñaki pensó que su primo les estaba tomando el pelo y le dijo que eso sólo era posible por arte de magia, pero que ellos eran mayores y ninguno de los dos iba a ser tan tonto como para creer que tuviera poderes mágicos.

El primo les sonrió con suficiencia y les dijo:

—La solución es muy simple, puesto que con los datos que os he dado podréis deducir fácilmente estas dos preguntas que os planteo. ¡Y os aseguro que me vais a dar la razón!

Alberto e Iñaki se pusieron a cavilar, aunque tardaron un buen rato en encontrar la solución. Y esto fue así porque las preguntas que les hizo el primo de Iñaki eran las siguientes:

¿QUÉ DÍA SON LAS ELECCIONES?

¿QUÉ DÍA ES HOY?

18. ¡Qué discusión con el cuaderno!

EL JUEGO DE LA ESPIRAL

Al lado de la facultad de Alberto hay unos grandes almacenes donde se vende todo tipo de artículos de consumo culturales. Posiblemente sea el lugar al que más le gusta ir a Alberto. En él puede pasarse ratos interminables contemplando las novedades literarias, los discos, todo tipo de publicaciones, vídeos y, en definitiva, todos los artículos de papelería «de diseño».

Alberto es un auténtico devorador de rotuladores, lápices y cuadernos. Enseguida que cae uno en sus manos comienza a llenarlos de bocetos, de textos que se le ocurren, o de juegos. Alberto es realmente un experto «cuadernero», de lo más exigente, que mira, remira y evalúa el material que compra.

El otro día tuvo que reponer sus existencias. A la salida de clase se encontró con Iñaki e Yvonne, y los tres juntos fueron a los grandes almacenes.

Cuando llegaron, los tres se separaron para contemplar los objetos que a cada uno más le llamaban la atención.

Yvonne, naturalmente, se dirigió al departamento de música, donde estaban los discos de jazz. Iñaki permaneció justo a la entrada, donde se encontraba una enorme estantería con todo tipo de publicaciones, y Alberto acudió directamente al mostrador de papelería y objetos de oficina en busca de cuadernos.

—¡Hey, chicos! ¿Qué os parece éste? —preguntaba Alberto, aunque los otros no le hacían ni caso—. ¿Y este otro de anillas?

Definitivamente, Alberto no parecía tener mucho público, pero se fue poniendo tan pesado que Yvonne e Iñaki terminaron por acercarse a él.

—¡Venga, Alberto, cómprate el que quieras y seguimos mirando discos y libros! —le pidió Yvonne.

—Pero si yo lo único que os pido es un consejo. ¿Qué os parece éste de espiral?

Iñaki e Yvonne le dijeron que consideraban que era el más idóneo, y ahí fue donde cometieron su error, ya que Alberto empezó a evaluarlo, con la consiguiente pérdida de tiempo.

—Mirad, tiene veinte centímetros de largo y una espiral que atraviesa el cuaderno por cuarenta agujeros. Me convence aunque, umm, no sé, no sé... —dijo Alberto apoyando su pulgar en la punta de la nariz.

A Iñaki se le ocurrió una idea. Puesto que era muy mañoso y le encantaban las construcciones de figuritas con alambre, cuando el cuaderno estuviera terminado podría encontrarle alguna utilidad:

—Yo que tú me compraba éste, y cuando se te gaste me lo das para utilizar el alambre. Ya conoces mi habilidad para fabricar colgantes y todo tipo de cosas, cuando me aburro en clase.

A Alberto le pareció acertada la idea, y añadió:

—Pues pensándolo bien obtendrías un trozo bastante largo al estirarlo. Date cuenta de que si sacamos la espiral, podría pasar justo por un círculo de cuatro centímetros de perímetro.

Yvonne afirmó:

—No creo que el alambre tenga mucho más de cincuenta centímetros de longitud.

—Los superará —dijo Alberto sonriendo con suficiencia.

Iñaki, que estaba mucho más interesado en los cálculos, expuso taxativamente:

—Pues yo creo que tienen que ser 40X4, o sea 160 centímetros exactamente.

Alberto volvió a observar el cuaderno de arriba abajo y concluyó:

—Pues me parece que tiene que ser más todavía, aunque has acertado en las centenas.

¿QUÉ LONGITUD TOTAL EN MILÍMETROS TIENE EL ALAMBRE DE LA ESPIRAL DE ESTE CUADERNO AL ESTIRARLO?

19. ¿Quién tendrá mejor puntería? EL JUEGO DE LOS DARDOS

Cerca de la facultad de Alberto hay un *pub* inglés, pero que muy inglés, tanto que parece un trozo de tierra británica trasladado a España. Naturalmente, el lugar tiene todo lo que debe tener, desde camareros ataviados con chalecos escoceses, a cervezas de todos los tipos, decoración típica y, lógicamente, los juegos de salón con los que los hijos de Gran Bretaña pasan las tardes desde hace decenas y decenas de años.

Una tarde, a la salida de clase, Borja andaba comentando lo agradable que era el mencionado local.

—Me recuerda mis veraneos en Irlanda e Inglaterra, cuando acudía a esos colegios tan selectos y carísimos gracias a los cuales disfruto de mi elevado dominio del inglés. Además, por si fuera poco, hasta se organizan competiciones para ver quién es capaz de beber más pintas de cerveza Guinness —añadió el repelente con aires de superioridad.

Iñaki se quedó con la copla de lo de la competición, mientras Alberto pensaba en marcarse un detalle de originalidad con el que deslumbrar a su amada Yvonne. El caso fue que cuando la muchacha salió de su clase, los dos amigos la esperaban con la propuesta de irse a tomar unas pintas.

—Pues me parece bien la idea, porque en mi Bruselas natal acudía mucho a un sitio así para jugar a los dardos —respondió entusiasmada.

Ni Alberto ni Iñaki habían jugado en su vida a los dardos, pero por el simple hecho de estar acompañados por su musa ya merecía la pena el intento.

Cuando llegaron al lugar, descubrieron que el sitio, aunque algo cutrón, bien merecía una visita.

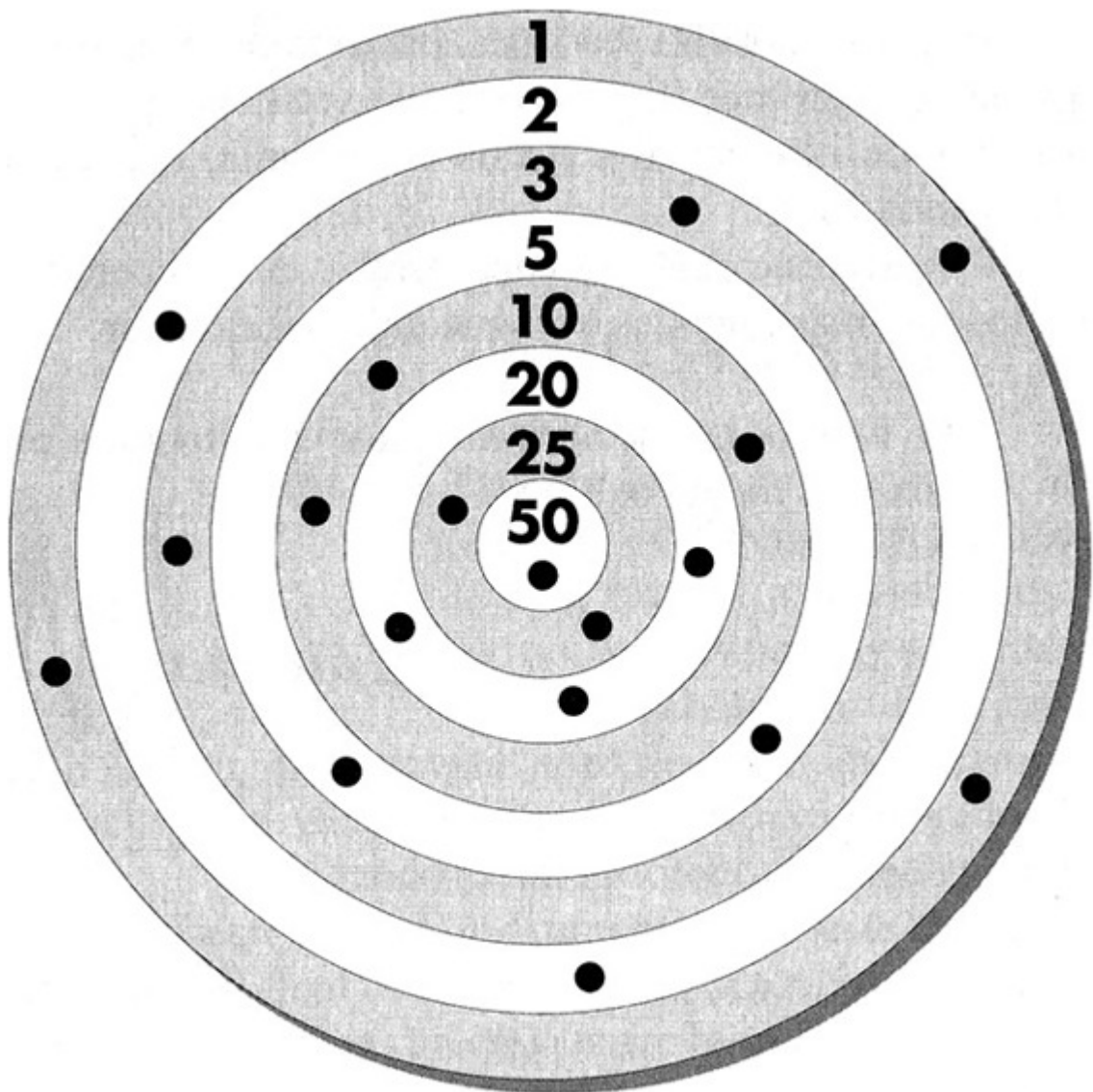
—Creo que para dar más emoción al juego podríamos dar un premio al que tenga mejor puntería —dijo Alberto con una media sonrisa de travieso, para luego añadir—: ¿Qué os parece si el campeón se gana tres pintas de cerveza?

Iñaki dijo que sí inmediatamente, ya que sin lugar a dudas esto haría que aumentara la concentración y el interés por el juego.

Después de pedir la caja de dardos a Stuart (el inglés borrachín y pelirrojo dueño del establecimiento), Alberto los contó. Había seis para cada uno.

Los tres muchachos los observaron atentamente e hicieron algunas pruebas de entrenamiento.

Como iban a jugar en un sitio cerrado, no habría riesgo de que los dardos se desviaran por el viento. Cuando los tres se sintieron preparados, se colocaron en posición y fueron tirando uno detrás de otro. Tras los momentos iniciales de tensión, los tres se quedaron mirando el resultado. Todos los dardos habían hecho impacto en la diana, y ahora tenían que clarificar quién sería el ganador.



Alberto, satisfecho, dijo:

—Yo soy el que mejor puntería ha tenido, porque he dado en el centro de la diana.

Yvonne no andaba muy convencida de que fuera el asunto tan sencillo, por lo que añadió:

—Yo creo que debe ganar aquel que más puntos consiga, independientemente de que dé o no en el centro de la diana.

Iñaki, con los ojos abiertos como platos, se quedó mirando y concluyó:

—En ese caso me parece que cada uno se puede ir tomando tranquilamente su pinta, porque hemos sacado los tres los mismos puntos.

Antes de terminar la frase, Iñaki ya se disponía a apretarse el primer lingotazo de cerveza. Después de tragar y con los morros llenos de espuma, concluyó con satisfacción:

—Tengo que decir que mis dardos son, en conjunto, los que más alejados han quedado del exterior.

¿SE PODRÍA DECIR DÓNDE DIERON LOS DARDOS DE CADA UNO DE ELLOS?

20. Hoy, como los detectives

EL JUEGO DE LOS RETRATOS-ROBOT

Una vez durante cada curso viene a la facultad de Alberto un fotógrafo para retratar a los alumnos. Es una ocasión muy especial, porque ese día, además de perder algunas horas de clase, los chicos se divierten mucho posando, pero sobre todo vacilando al pobre fotógrafo mientras curiosean con los instrumentos que éste despliega. Al final de la jornada son muchos los chavales que salen diciendo entre bromas que aunque el fotógrafo ponía interés, el tema se le quedaba grande.

Primero se hace una foto a toda la clase y luego otra individual para cada alumno. Mientras los chavales hacen cola para ser retratados, las bromas se suceden en la fila sobre quién saldrá más feo, quién con la cabeza más grande o quién saldrá bizco.

—Ten cuidado, Borjita, que seguramente el material no es importado de París y no va a estar a tu nivelón —se escuchaba desde el bareto.

Días después llegan las fotos reveladas y son entregadas a los alumnos. Estas vienen en sobres grandes que, naturalmente, se entregan al final del día para evitar nuevas movidas.

Cuando llegaron las fotos de Alberto y sus amigos, éstos llevaban ya un rato largo bromeando, y es bastante lógico que todas las bromas apuntaran al más ganso de todos: Felixín *er granaíno*.

Cada cual abrió su sobre, y las carcajadas fueron morrocotudas. Alberto, Iñaki, Yvonne y Felixín se fueron caminando calle abajo mientras continuaban con las bromas, pero la verdad es que Felixín se estaba empezando a hartar.

—Ji, ja, ju, Felixín ha salido en todas despeinado —decía Yvonne.

—¡Pues anda, reina, que tú, con esos mofletes, no entiendo muy bien cómo has podido caber en el retrato! ¡Vamos, como para que mandes la foto a Bélgica! —se defendía Felixín.

—Sí, pero, tronco es que tú, además, ¡has salido con legañas! —le repetían Alberto e Iñaki.

La verdad es que los cuatro tenían algo de gracioso en sus fotos. Una vez que llegaron al colegio mayor en el que residía Yvonne, donde pensaban tomar algo, Alberto recordó de repente una película de detectives que había visto. En ella la Policía realizaba retratos-robot para descubrir la cara del malo. Enseguida se lo contó a sus compañeros.

—¿Por qué no hacemos lo mismo con nuestras fotos? —le preguntó Alberto a los demás—. ¡Seguro que va a ser mucho más divertido!

A todos les pareció bien la idea. Cogieron unas tijeras, una regla y las cuatro fotos.

Alberto se quedó meditando un momento y les propuso cortar cada foto en cinco trozos. En cada uno de ellos habría una parte de la cara: el pelo, los ojos, la nariz, la boca y la barbilla. De esta manera tenían cuatro pelos diferentes, cuatro ojos, cuatro narices, cuatro bocas y cuatro barbillas.

Cuando las fotografías estuvieron recortadas comenzaron a hacer combinaciones con el pelo de uno, los ojos de otro y la boca de un tercero...

¡Ahora sí que se estaban divirtiendo un montón! Probaban una posibilidad y acto seguido cambiaban a otra.

Alberto les dijo:

—Los detectives de verdad se quedan observando las fotos un rato para así poder sacar de ellas detalles singulares. Os propongo que miremos cada retrato-robot un minuto y lo vayamos analizando tranquilamente.

Así pues, se quedaban observando cada combinación e iban haciendo comentarios cada vez más ocurrentes. De esta forma la diversión era mucho mayor.

Cuando ya llevaban un rato largo sin parar de reír, Alberto dijo:

—Ja, ja, ja. ¡Creo que me voy a morir de risa como sigamos así! ¿Cuánto tiempo

necesitaremos para ver todas las posibilidades? ¿Una hora? ¿El resto de la tarde?
¿CUÁNTO TARDARÍAN EN HACER TODAS LAS COMBINACIONES POSIBLES?

21. El artilugio del alquimista Alberto

EL JUEGO DE LAS CERILLAS

Alberto andaba una tarde bastante desesperado debido a que últimamente ligaba menos que el chófer del Papa. Con los pocos medios con que contaba, más la poca gracia que creía tener, su carrerón parecía ir encaminado a erigirle como el mayor consumidor de botellines del bar de la facultad.

Esto es lo que debía de pensar cuando, de pronto, apareció su amigo Marcelo. A éste no le iban las cosas pero que nada mal. Claro, que Marcelo es argentino y sabe realmente cómo cautivar a las chicas. El joven se quedó mirando al circunspecto Alberto y, sin más miramientos, fue al grano:

—*Mirá*, pibe, vos me *conocés* y no me vas a *macanear*. ¿Qué te pasa?

Pues mira, tronco, como que ando algo desinflado. No sé... bueno, ¿tú cómo te lo haces tan bien con las tías?

—Esto, verás, ché. No es por vanidad, pero lo primero que tengo es ser porteño, lo segundo ser acuario y lo tercero algo de actor —le respondió Marcelo sonriendo como un torero triunfador que quiere fingir modestia.

La inteligencia de Alberto se puso en funcionamiento y enseguida se dio cuenta de que las dos primeras características no las cumplía, pero la tercera, ¿por qué no informarse?

—Marcelo, y eso último, ¿cómo es?

—Verás, lo que os echo en falta a los españoles es un poco de labia y, por qué no *desirlo*: en la Argentina el que no va un poco de artista, va de psicólogo y con el rollo de la expresión corporal bien aprendido, algo de lo que aquí *careséis*. Además, ya *sabés* que la piba siempre se va con el que la salva de los indios, y si no hay indios, nada mejor que hacerlo uno mismo.

A Alberto pareció encendérsele una bombilla y se animó a llevar adelante esta nueva estrategia de la que todo desconocía. Marcelo dio rienda suelta a su oratoria y comenzó a explicarle lo que hay que saber sobre el dominio del cuerpo y su lenguaje. Cuando quisieron darse cuenta ya estaban a las puertas de la Academia M. Fierro de Artes Escénicas.

Entraron los dos y Marcelo le presentó a Graciela, la dueña de la academia, que le propuso al incauto Alberto participar en una clase de «desinhibición psico-corporal» según el método Stanislavsky.

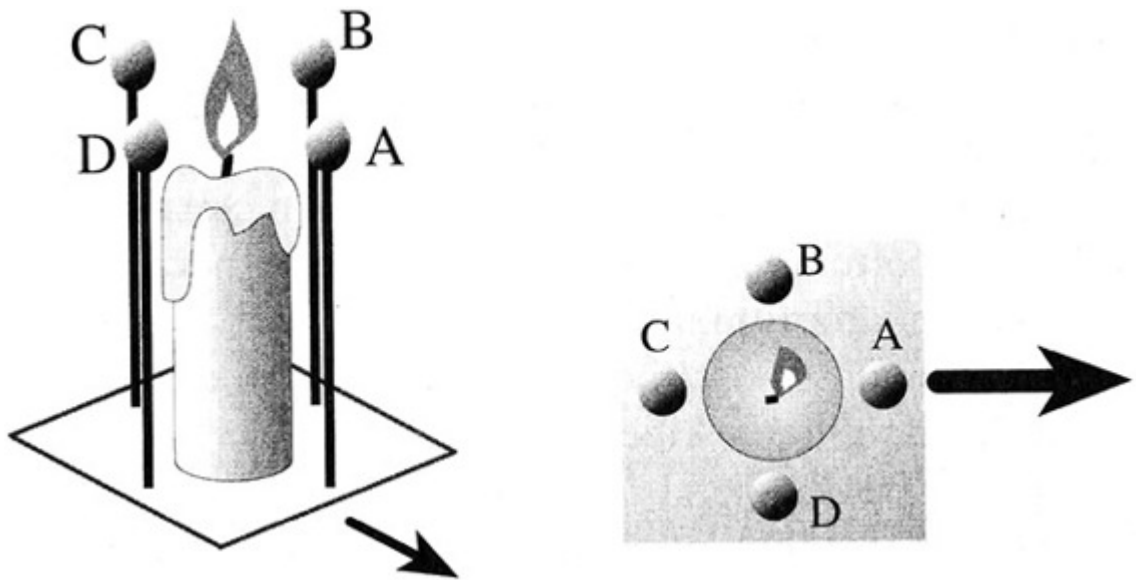
—¡Que como vos bien *sabés*, es el que utilizan en el Actor's Studio de Nueva York! —añadió Marcelo.

Alberto comenzaba a encontrar todo esto bastante cutre, dado que no había más alumnos que ellos dos en toda la presunta academia. En vano trató de protestar:

—Mira, Marcelo, que a mí esto del Stanislavsky ese me parece una merienda de negros.

Graciela les mostró un curioso candil. Realmente resultaba extraño: consistía en una vela central con cuatro cerillas situadas en cada uno de los lados de la base cuadrada.

Como estaban medio a oscuras, cuando Alberto lo encendió sólo se veía la tintineante luz de la vela. Cogieron el curioso farol y comenzaron a moverse en la dirección de la flecha.



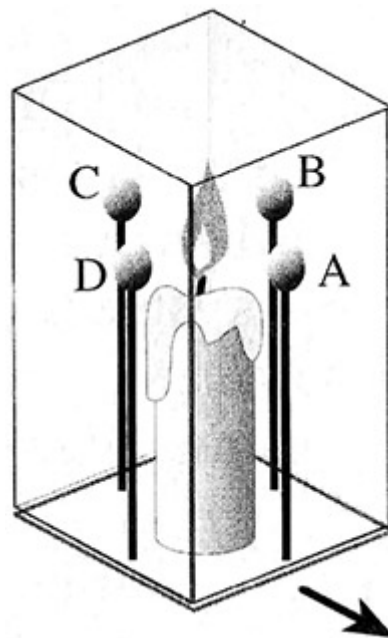
La luz del candil proyectaba sombras alargadas en el desván.

—Ahora *tenés* que concentrarte e imaginar que eres el alquimista Alberto que nos va a mostrar en su laboratorio la piedra filosofal.

La llama de la vela, al incidir sobre ella el aire producido por el movimiento, comenzó a inclinarse, con lo que se acercaba cada vez más a una de las cerillas. Al contacto con la llama, ésta se encendió, lo que hizo que Marcelo y Alberto se llevaran un enorme susto.

1. ¿CUÁL FUE LA QUE SE ENCENDIÓ?

El caso es que Marcelo no tenía la tarde para emociones fuertes, de modo que sugirió a Alberto que colocara sobre el invento una campana cuadrada de cristal que se hallaba sobre un baúl próximo.



Alberto siguió las instrucciones de su amigo y volvió a encender la vela. El farol quedaba ahora aislado del exterior. Empezaron a moverse en la misma dirección y Alberto aprovechó para bromear un poco y así combatir el aburrimiento.

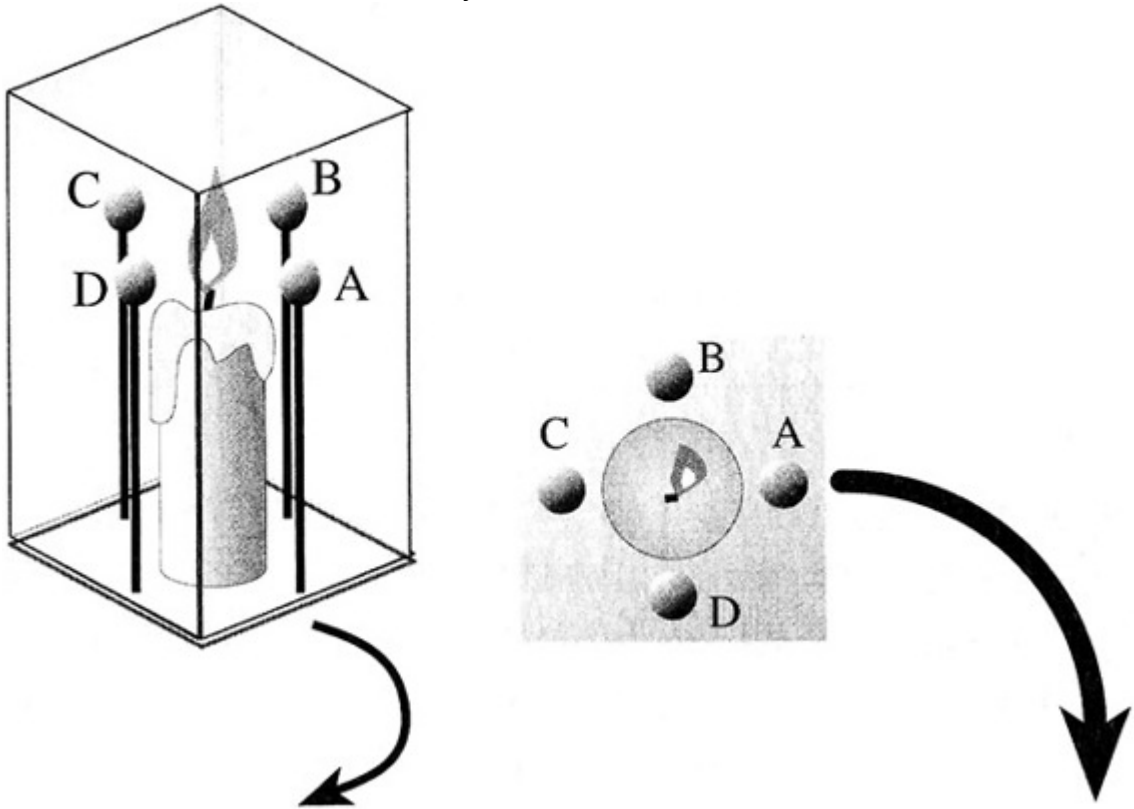
—¡Uuuuhh! ¡Mirad qué sombras hay en el laboratorio del alquimista Alberto!

Esto parecía magia. Al andar, otra cerilla se había encendido, y no era culpa de ningún viento. Marcelo y Graciela opinaron que se trataba de un truco de su amigo Alberto, ya que a primera vista todo esto no parecía muy lógico.

2. ¿QUÉ CERILLA SE HABÍA ENCENDIDO AHORA?

—¡Os aseguro que no hay ningún truco! —dijo Alberto—. No entiendo qué está pasando.

—Bueno, pues si es así, vamos a ver qué cerilla se encenderá cuando tú, Alberto, que tienes el candil, te gires sobre los talones en el sentido de las agujas del reloj —propuso Graciela, que ya andaba con la mosca detrás de la oreja.



3. ¿CUÁL FUE LA CERILLA QUE SE ENCENDIÓ AL TOMAR EL CANDIL ESTA CURVA?

Esta vez fue demasiado. Graciela decidió abrir la puerta a su nuevo alumno antes de que le llenara la academia de fantasmas. Una vez en la calle, Alberto pensó que la única táctica válida con las chicas era echarle cara.

22. Pánico ante los exámenes

EL JUEGO DE LA CHULETA

Se estaban acercando los primeros parciales y unos sudores fríos comenzaban a bajar por todas las espaldas tan sólo con pensar en ellos. En la clase de Alberto reinaba el desconcierto. Nadie había dado un palo al agua y algo había que inventar.

Los más ilustrados leían a Proust con la esperanza de hallar «el tiempo perdido». Los de la liga antitaurina «El torero muerto» experimentaban con una radio de galena, con la esperanza de lograr un dispositivo de transmisión para ocultarlo entre sus melenas y greñas.

«Demasiado cutres», pensó Alberto mientras se devanaba los sesos.

Yago, Borja y los demás del grupo de los «repelentes» intentaban algo parecido con sus nuevos Motorola, pero sin mucho éxito, ya que lo único que recibían eran las interferencias de una emisora de radioaficionados. «Por Snoopy, aquí hay algo que no va», se decía Borja sorprendido.

—¡Menudos piernas son éstos! —afirmó Alberto mientras veía llegar a su amigo Iñaki.

La verdad es que, salvo unos becarios peruanos que iban bastante por libre —como si su reino no fuera de este mundo—, el resto de alumnos se desesperaba tratando de desarrollar nuevos métodos de hacer trampa en los exámenes, pero esto ya no era el COU, y aquí se podía decir que los profes habían hecho la mili en África: se las sabían todas. Aquello se estaba convirtiendo en un formidable reto para la inteligencia, aunque tal y como se estaban poniendo las cosas casi merecía más la pena ponerse a estudiar en serio que trabajar tanto para no estudiar.

En el bareto de la facultad, mientras Emiliano desayunaba su café con torreznos y los plastas de la tuna daban la murga, se iba concentrando un grupillo alrededor de Alberto.

—¡Por si tenemos poco, encima los tunos dando la vara! —dijo Iñaki a los demás mientras estrujaba una lata de cerveza vacía.

Fue en esto que apareció Felixín *er granaíno*, y se sentó con el resto de contertulios.

—¡Yo me niego a hincar los codos! —afirmó con la máxima decisión.

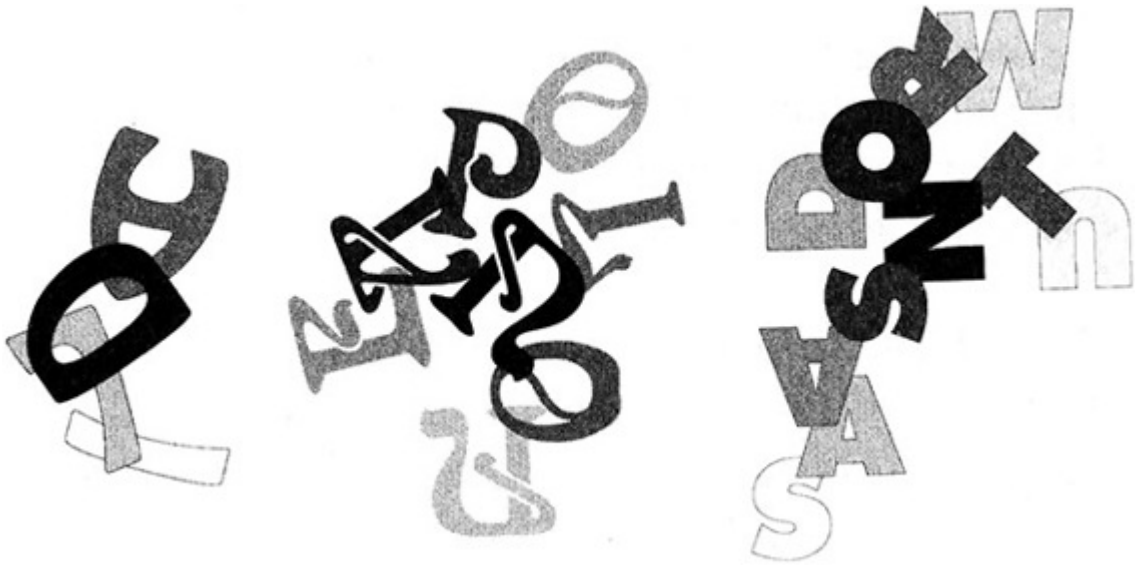
—Pues te vemos en los finales —le respondieron los demás.

Felixín les comentó con los ojos brillantes por la idea que acababa de tener:

—¡Ya lo tengo! Vamos a hacer las chuletas en clave, como cuando estábamos en el instituto.

—Me vas a tener que explicar eso —le respondió Alberto.

Felixín contó a sus amigos el viejo sistema. Consistía en poner las letras de la palabra que hacía de respuesta a la pregunta formulada, mezcladas de tal forma que si cayera en manos del profesor no supiera de qué iba el rollo. A Iñaki le pareció un buen método, aunque apuntó que la chuleta debería seguir un criterio, porque de lo contrario no se aclararían entre ellos. Alberto propuso practicar el sistema durante el resto de la tarde para perfeccionarlo, y puesto que no tenían nada mejor que hacer, se dispusieron a ello. Alberto escribió tres claves y formuló las siguientes preguntas:



¿QUÉ FRANCÉS MURIÓ EN 1821?

¿CÓMO SE LLAMABA EL ASTRÓLOGO Y MÉDICO CUYAS PROFECÍAS PARECE QUE SE VAN CUMPLIENDO?

¿QUIÉN PINTÓ UN CURIOSO CUADRO CONOCIDO COMO *LOS RELOJES*?

Iñaki desveló enseguida las claves. Sin embargo, el primer examen que tenían era de física cuántica, y a todos les pareció un poco difícil aplicar estas claves.

23. Un marciano de verdad

EL JUEGO DEL EXTRATERRESTRE

Después de la tormenta de los primeros parciales no podía haber nada mejor que pasar unos días de acampada en la sierra. La previsión del tiempo era buena y seguro que un largo fin de semana de vacaciones resultaría de lo más gratificante para todos.

Desde hacía varios días nuestros amigos planeaban, en el bar de la facultad, el lugar a donde ir, así como las cosas que pensaban hacer. Empezaron con la idea Iñaki y Alberto, y enseguida se apuntaron Yvonne y Félixín.

Borja y Yago andaban con la mosca detrás de la oreja, y al enterarse de que Yvonne iba a ir a la acampada hicieron todo lo posible por subirse al carro, aunque Iñaki no andaba muy convencido.

—Si estos dos se nos pegan, nos dan el viaje como yo me llamo Iñaki —les dijo a los demás.

—Sí, pero va a quedar un poco mangui dejarlos de lado —objetó Félixín.

Efectivamente parecía que iban a dar la vara desde el principio, ya que propusieron llevarse a Yvonne y Félixín en el GTI blanco de Borja, dejando a los otros dos la posibilidad del tren, cosa que no les hizo ninguna gracia.

—Ves cómo una vez más estos dos mamones nos han hecho la envolvente —le dijo Iñaki a Alberto.

El caso fue que el día de salir para el campo, los dos amigos se encontraban en la estación mientras el resto partía en coche, como los señores.

Al subir al tren se pusieron a buscar un compartimento que estuviera vacío para dormir un poco antes de llegar a la sierra. Una vez que lo encontraron, ocuparon dos sitios y en un segundo se quedaron fritos, antes incluso de que arrancara el tren.

—Alberto, Alberto —dijo Iñaki al cabo de un rato al tiempo que zarandeaba a su amigo—. Tenemos compañía.

Cuando Alberto consiguió abrir los ojos, se encontró con una gran sorpresa: el compartimento se había llenado de jóvenes veinteañeros de pelo muy corto, ataviados de uniforme y fumando como carreteros.

—¡Chavaloteees! Ja, ja, ja, ¡menuda siesta os estabais apretando! —les dijo uno de ellos.

—¡Y vaya un loro más dabuten que lleváis! Ya podíais enrollaros y poner un poco de música *pa* pillar *feeling* —les propuso otro.

Iñaki musitó suavemente a Alberto:

—¡Dantesco!

—Si lo viera Borja se quedaba en el sitio —respondió Alberto.

—¡Venga coleguiis! —les dijeron todos. Alberto, que permanecía totalmente anonadado, se atrevió a preguntar:

—Y vosotros ¿quiénes sois?

—*Pos* nosotros *sernos* paracas que volvemos de unas maniobras.

Ahora Alberto e Iñaki comenzaban a entender.

—¿Y cómo es que os dio por meteros a paracas? —inquirió Iñaki.

—*Pos* porque mola: que si el uniforme, que la paga, que si te das unos saltitos. Vamos, que está debuten —respondió uno al que todos los demás llamaban cabo primero Quintanilla.

—¿Y tienes que saltar desde muy alto? —preguntó entonces Alberto.

—Saltamos desde tan alto que vemos hasta la Luna, y si me apuras hasta Marte. Y sé de lo que me hablo porque lo conozco —respondió Quintanilla con gran convencimiento.

Alberto e Iñaki se quedaron a punto de soltar una carcajada, aunque prefirieron abstenerse y esperar acontecimientos.

—¿Y cómo es que lo conoces?

—Pues porque tengo un amigo marciano que conocí hace bastante tiempo y, quiera uno que no, siempre se aprende cómo es la vida en Marte —respondió el paraca Quintanilla.

Nuestros dos amigos, asombrados, le pidieron que contara la historia, y el paraca comenzó diciendo que, hace mucho tiempo, antes de reengancharse por segunda vez, caminaba por el campo en otras maniobras similares cuando vio en el cielo un platillo volante. Se quedó parado y un marciano comenzó a descender hacia la superficie terrestre.

—¿Y cómo era el marciano? ¿Con una trompeta en lugar de la nariz? —le preguntó Iñaki con guasa.

El cabo Quintanilla le respondió que no, que los marcianos cuando ven a un terrícola se transforman y convierten su cuerpo en uno exactamente igual al de la primera persona que ven.

—Entonces, Quintanilla, tu amigo marciano tuvo que transformarse en una réplica exacta de ti —arguyó uno de sus compañeros.

—Sí, pero en Marte todo es muy grande, y mi amigo marciano adoptó la forma de mi cuerpo ¡¡al doble de su tamaño!!

Iñaki y Alberto le preguntaron más acerca de su nuevo «amigo». Quintanilla respondió que habían hecho muy buenas migas, y que después de una larga charla fue a presentárselo a sus compañeros que se encontraban descansando sobre un tronco en el campo de maniobras.

Lo único cierto de esta historia era que sólo el cabo Quintanilla de marras se creía algo de ella, y con toda seguridad esto se debía a su estado de perplejidad intelectual transitoria motivada por la mucha cerveza bebida en las maniobras.

—Pero esto no es todo —añadió.

Luego nos pusimos a jugar al balancín subiéndonos a un tronco que había apoyado sobre una piedra. Mi amigo el marciano se colocó en un lado. Entonces, mis compañeros y yo, que todos juntos pesábamos prácticamente lo mismo que él solo, tuvimos que subirnos al otro lado para equilibrar el peso —terminó de aclarar el cabo paraca.

Iñaki hizo un gesto de asombro y su amigo Alberto, que había escuchado con el máximo interés, se le quedó mirando extrañado y le preguntó:

¿CUÁNTOS COMPAÑEROS FUERON NECESARIOS PARA EQUILIBRAR EL COLUMPIO?

24. Misión: ¡Salvar a la princesa!

EL JUEGO DE LAS PERSECUCIONES

Después de lo ajetreado que resultó el viaje en tren para Iñaki y Alberto, lo primero era localizar a los otros cuatro en la estación en la que habían acordado encontrarse. La cosa resultó relativamente fácil, ya que los dos pamplinas del GTI blanco sólo podrían estar en un sitio de la estación: el bar. Efectivamente, allí se encontraban mareando a la pobre Yvonne y al pobre Félix.

—Qué viaje nos han dado estos dos —les dijo por lo bajo Yvonne, mientras Yago y Borja se acercaban de nuevo a la barra a reponer botellines.

—*¡P' a matal' los!, ¡jp' a matal' los!!* —añadía Félix.

—Sí, pero ahora vamos al lugar de acampada, que de lo único que tengo ganas es de darme un baño y cambiarme de ropa —les propuso Alberto—, y como sólo podemos ir andando, vamos a decir a estos dos cantamañanas que se pongan las pilas y se vayan preparando para la caminata.

Para llegar al río en el que pretendían acampar, primero tenían que subir por un cerro para luego descender a un valle. Fue una experiencia muy dolorosa para los del GTI blanco, así que, cuando llegaron, cayeron los dos rendidos en mitad de la pradera que había cerca del río.

Alberto se percató rápidamente de que había varias barcas y balsas, por lo que propuso a Yvonne e Iñaki dedicarse inmediatamente a las tareas fluviales. A Yvonne le pareció una excelente idea.

—Esto me recuerda un viaje en balsa que hice un fin de curso por Italia —dijo Yvonne mientras salía disparada hacia la balsa más próxima.

Alberto e Iñaki se quedaron mirando como dos pasmarotes, aunque rápidamente tomaron la decisión de ir cada uno en una barca. Iñaki fue el más rápido, pues salió como un rayo hacia una de ellas, mientras Alberto permaneció en tierra sin reaccionar, observando la situación. La balsa de Yvonne era muy poco maniobrable, por lo que avanzaba con lentitud, y como además contaba con un solo remo, poco podía hacer para alejarse. Iñaki, por el contrario, navegaba en una barca ligera, y más que un caballero a la búsqueda y rescate de su princesa, debió de pensar que era el campeón olímpico de regatas, porque cuando se quiso dar cuenta ya había sobrepasado a Yvonne por un trecho bastante largo.

Fue en esto que Alberto comenzó a reaccionar. Se subió a otra barca y empezó a darle al remo con verdadera furia visigoda.

El problema ahora lo tenía Iñaki, puesto que con tanto como había avanzado, se veía obligado a dar marcha atrás si quería ser él quien rescatara a su «princesa» Yvonne.

Con lo lenta que resultaba la balsa de Yvonne, no habría sido difícil que encallara, pero no fue así. La «princesa» se encontraba ahora a la deriva y, desde luego, urgía que la sacaran de aquella situación.

—¡Por favor, venid pronto! —gritaba Yvonne con gran nerviosismo. Desde luego no parecía que este viaje en balsa tuviera mucho que ver con el viaje italiano.

Ambos muchachos se encontraban ahora a distancias iguales de la balsa de Yvonne y remaban con igual fuerza y entusiasmo, pero Iñaki pensó que su situación era peor, porque tenía que remar a contracorriente, mientras que Alberto lo hacía a favor. Vista la situación, **¿QUIÉN LLEGÓ ANTES A SALVAR A LA PRINCESA?**

25. Como auténticos robinsones

EL JUEGO DE LA CARRERA POR EL RIO

Desde que hicieron el descubrimiento en la orilla del río, la imaginación de Alberto e Iñaki comenzó a volar. Ahora que ya tenían un poco más estudiado cómo funcionaban las barcas y las balsas, decidieron montárselo a lo robinsones, como si estuvieran en una isla perdida. Llamaron a Yvonne. A la estudiante belga la idea le pareció estupenda. Lo primero sería encontrar algún lugar que sirviera de campamento y embarcadero.

No muy lejos de donde se encontraban, Alberto halló una pequeña playa en la que podían dejar las barcas bien resguardadas y, en su momento, construir una especie de refugio en el que pasar la noche.

La verdad es que desde el sitio que Alberto había descubierto parecía, cuando se miraba al horizonte, que al final del río había mar abierto. Yvonne estaba ya algo cansada y lo que realmente le apetecía era tumbarse un rato al sol, pero esto era difícil, dado que sus dos amigos son como un vendaval que todo lo arrastra. El caso es que, para conseguir su propósito, Yvonne adoptó una sonrisa de picardía y les propuso a los dos muchachos:

—¡Alberto, Iñaki! Haced como robinsones o como lo que queráis, pero el caso es que quiero tener algo de tranquilidad sin Yago y Borja.

Alberto e Iñaki se entusiasmaron inmediatamente con la idea. Empezaron a hablar los dos sobre las provisiones mínimas que necesitarían para hacer su campamento «disidente». Yvonne solamente tuvo que añadir una cosa para salirse con la suya:

—¡Como no os deis prisa...!

—Es verdad, Alberto. Vamos a buscar la mayor parte de nuestras cosas antes de que se despierten esos plastas. Las tenemos allí, donde aquel árbol. ¡Te echo una carrera con las barcas! —le dijo Iñaki a Alberto mientras salía disparado hacia su embarcación.

—¡Muy bien, Iñaki, veremos quién es el más rápido! Tú, Yvonne, nos podrías cronometrar —dijo Alberto, al tiempo que salía corriendo detrás de Iñaki.

Yvonne podía ahora tomar el sol tranquila mientras sus dos amigos comenzaban a remar, aunque no por mucho tiempo, ya que el árbol que habían trazado como límite estaba a una distancia de ciento veinte metros.

—Preparados, listos, ¡ya! —gritó Yvonne.

Alberto comenzó a remar con muy buen ritmo. Tanto es así que consiguió mantener una velocidad constante de tres kilómetros por hora, tanto a la ida como a la vuelta.

Iñaki, por el contrario, empezó esforzándose mucho a la ida, mientras aprovechaba la corriente. Sudando la gota gorda consiguió remar a una velocidad de cuatro kilómetros por hora. A la vuelta estaba ya reventado y no le quedó más remedio que remar más despacio. La velocidad en la remada era ahora de dos kilómetros por hora.

Yvonne se fue animando mientras veía cómo sus dos amigos se enzarzaban en una lucha de titanes. Se olvidó de tomar el sol, dado que la carrera se estaba poniendo cada vez más emocionante, y resultaba muy difícil no preguntarse:

¿LLEGARÍAN AL MISMO TIEMPO O GANARÍA ALGUNO DE ELLOS?

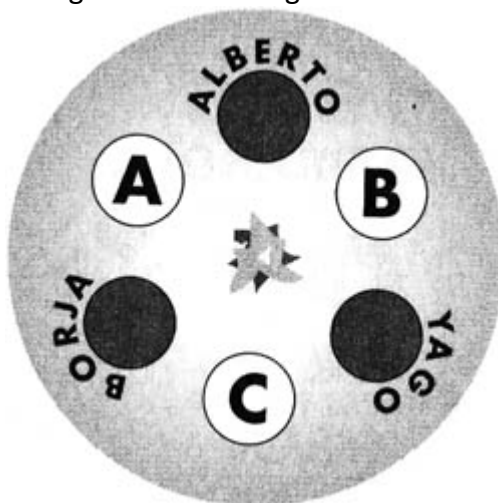
26. ¡Y todo esto por estar enfadados!

EL JUEGO DEL FUEGO DE CAMPAMENTO

Las aventuras que habían pasado nuestros amigos en la excursión fueron más allá de lo previsto. Esto propició una serie de malentendidos que tuvieron como consecuencia varias regañinas. Alberto estaba especialmente enfadado, y no parecía muy dispuesto a olvidar lo ocurrido. Una vez montada la tienda, y después de cenar un sabroso «revuelto de tres latas», pasaron a organizar una velada frente al fuego. Allí, sentados los seis, podrían pasar un buen rato contando chistes e historias, o cantando las típicas canciones de campamento. Desde luego, aunque la idea era buena, no parecía la más apropiada para solucionar el enfado de Alberto, y es que hay por medio una cuestión que todos conocen: cuando Alberto anda enfadado, tarda su tiempo en que se le pase. Y para el que tuviera dudas, se las disipó el ver a Alberto junto con Borja y Yago recogiendo leña. Todo eran contestaciones cortantes y ganas de quedar el uno por encima de los demás.

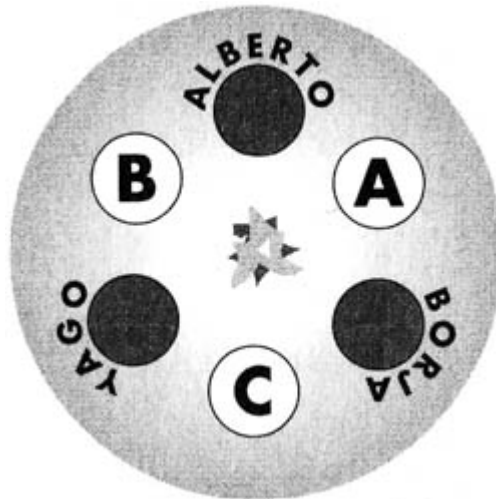
Cuando llegó el momento de encender el fuego, no se ponían de acuerdo ni para coger las cerillas. El resto de los compañeros que tenían que sentarse con Alberto, Borja y Yago hablaron entre ellos, y mucho más razonables, acordaron sentarse alternados con nuestros enfadados excursionistas para ver si así acababa el mal rollo.

La velada no tenía pinta de ser demasiado divertida. Cuando el fuego empezó a crepitar, los dos grupos quedaron sentados según se ve en la figura.



En estas condiciones podía celebrarse la velada, aunque no se pudo evitar alguna que otra situación incómoda, como que tres amigos no se comunicaran directamente entre sí, sino que se limitaban a hablar exclusivamente con los otros. Por si todo esto fuera poco, Alberto, cuando está enfadado y no es el centro de atención, tiene la fea costumbre de ensimismarse. Así, mientras el resto de los muchachos disfrutaba contando chistes, Alberto permaneció callado y dibujando con un palito figuras en la tierra.

Alberto, en su pataleta, veía que la situación no tenía solución posible, y comenzó a pensar: «Si seguimos enfadados y hubiera fuego de campamento más días, me convendría saber si nos podremos sentar de otra forma, pero eso sí, sin estar juntos esos dos idiotas y yo».



Siguió jugando con el palito y, meditabundo, descubrió que, aun cambiando cada noche su disposición en torno al fuego, podría pasarse varios días aguantando el enfado. Si todo saliera como estaba pensando, no sería necesaria una reconciliación.

¿PARA CUÁNTOS DÍAS HABRÍA COMBINACIONES DISTINTAS SI NO QUIEREN ESTAR JUNTOS YAGO, BORJA Y ALBERTO?

27. ¡Qué pestiño con la clase de solfeo!

EL JUEGO DE LA CLAVE MUSICAL

Los cumpleaños de la abuela de Alberto eran terribles. Tenían que ir todos los miembros de la familia y siempre terminaban igual: escuchando recuerdos de épocas pasadas. Esta vez no fue diferente, y cuando llegó la hora de tomarse el tazón de chocolate bien espeso, la abuela comenzó con la misma cantinela de todos los años.

—¡Ay, Albertito!, cada vez que te veo me pareces igual que tu bisabuelo don Alberto; la misma cara, los mismos ojos, las mismas manos de pianista, ¡y el mismo talento musical! Qué lástima me da tener que marcharme de este mundo sabiendo que te niegas a desarrollar el talento de aquel gran hombre.

Estos eran unos momentos en los que los padres de Alberto se le quedaban mirando con cara de súplica como diciendo: «Lo poco que te costaría dar una alegría a la abuela y aprender piano».

Cuando volvían en coche para la casa, tampoco había año que no le reventaran los nervios con lo mismo. Sin embargo, este año cambió algo. Alberto se quedó un rato en silencio y de pronto dijo:

—Mañana mismo me matriculo en solfeo.

Dicho y hecho. Al día siguiente estaba dando la primera clase, cuando se encontró la primera sorpresa con el profesor. A éste le llamaban todos El Siesta, y se lo tenía bien merecido. Era de cara muy chupada, y poseía una calvicie que ocultaba dejándose el pelo largo de un lado para cubrir con él toda la cabeza. Su voz era monótona, y la entonación uniforme, por lo que conseguía apagar la vocación musical que pudieran tener sus alumnos. Cuando comenzaba a leer la partitura, a casi todos los presentes, por muy motivados que estuvieran, parecía que les acababa de picar una mosca tsé-tsé.

La alternativa era: o pasarse la hora mirando el reloj, o distraerse con lo primero que a uno se le ocurriera. Alberto ya no sabía qué hacer. Había probado la agudeza de su vista examinando hasta el más mínimo detalle de los cuadros que estaban colgados en la pared de la clase; había pensado en lo que haría el próximo fin de semana; había dibujado un camión en su cuaderno, y el plasta del profesor continuaba con su monótono «do, re, sol, mi, do, la». Todos sus compañeros se encontraban en la misma situación. Ni los más audaces tenían éxito al pedir permiso para ir al servicio y así poder escaparse un rato. El Siesta parecía una grabadora que no hacía caso a nada salvo a su soniquete.

DO
+RE
+MI
+FA
+LA
+SI

SOL

Alberto, que ya no sabía con qué distraerse, tuvo de pronto una genial idea con la que pasar ocupado el resto de la clase: ¡pensar matemáticamente!

«Cada letra la transformaré en un número. A igual letra, corresponderá un mismo número», se dijo Alberto mientras iba desarrollando el juego. El profe seguía en su línea «do, re, sol, mi, do, la».

«Si se colocan en una columna todas las notas musicales de dos letras y las “sumamos”, obteniendo como resultado la única nota de tres letras, es decir, la nota sol, ¿se podría resolver este problema?», continuó pensando Alberto.

Desde luego, lo que se le había ocurrido era un problema morrocotudo, pero como encontró la solución fácilmente y todavía quedaba bastante tiempo para terminar la clase, no se le ocurrió nada mejor que escribirlo en un papel y pasárselo a una compañera de clase. La pregunta era:

¿PODRÍAS DAR EL RESULTADO Y DECIR QUÉ NÚMERO CORRESPONDE A CADA LETRA?

De esta manera, los alumnos de El Siesta lograron sobrevivir a la clase. Mientras tanto, el profesor siguió adelante con su «do, re, sol, mi, do, la», sin que nada ni nadie fuera capaz de sacarlo de su ensimismamiento musical.

28. ¡Jo con la clase de mates!

EL JUEGO DE LAS COLUMNAS

La conversación con Iñaki no dejaba dudas. Si para el verano querían hacerse un viaje en tren por toda Europa, y especialmente por Bruselas para hacer una visita a Yvonne, tenían que sacar pelas de donde fuera. El problema era: ¿haciendo qué? Puesto que no estaban especialmente cualificados para nada y no disponían de demasiado tiempo libre, la duda era mayor. Finalmente a Alberto se le ocurrió algo.

—Cerca de mi casa está la Academia Olimpia: me podría ofrecer para dar clases de recuperación de matemáticas de EGB y BUP —le dijo a Iñaki.

El caso es que el tema funcionó y a los pocos días se encontraba frente a sus primeros alumnos. Lógicamente casi toda la clase andaba ocupada con los preparativos logísticos de antes del recreo. Por debajo de los pupitres se disponía toda una batería de gomas y pelotillas. Los más canallas rellenaban su munición con grapas: así escocería más.

No solamente había que fabricar «armamento»; los chavales también tenían que comunicarse entre sí para saber qué hacía cada uno y delimitar las preferencias.

El caso fue que, con tanto cuchicheo como había entre pupitre y pupitre, Alberto se levantó de la mesa y preguntó tajantemente:

—¡¡¿Qué pasa aquí?!! ¡A ver!, ¿por qué tenéis todos las manos debajo de la mesa? ¡¡¡Ponedlas inmediatamente sobre el pupitre!!!

Aquello fue definitivo. Alberto estaba descubriendo una nueva faceta suya que siempre había ignorado: la de profesor represivo. Al levantar las manos, casi todas las bolsas de pelotillas se cayeron al suelo y quedaron esparcidas por la clase.

Cuando Alberto descubrió el pastel, su reacción fue temible.

—No sé por qué me da que todos vosotros os vais a quedar sin recreo —sonriendo cínicamente, con tanta falsedad que hasta enseñaba el colmillo, añadió—: Je, je, je, vamos a ver si sois capaces de solucionar este pequeño problemilla que tanto me gusta poner a mis «mejores alumnos».

Dicho esto, se volvió hacia la pizarra y comenzó a escribir una serie de números impares agrupados de tres en tres, comenzando por el 111 y terminando por el 999.

La suma debía dar 1111, y para conseguirla los alumnos debían tachar; es decir, convertir en 0, nueve de los quince números de la suma.

Por si todo esto fuera poco, Alberto planteó que los alumnos debían encontrar tres soluciones más, por lo menos, al problema.

$$\begin{array}{r}
 111 \\
 333 \\
 555 \\
 777 \\
 +999 \\
 \hline
 1111
 \end{array}$$

$$\begin{array}{r}
 \cancel{111} \\
 \cancel{333} \\
 \cancel{555} \\
 \cancel{777} \\
 +999 \\
 \hline
 1111
 \end{array}$$

$$\begin{array}{r}
 100 \\
 000 \\
 005 \\
 007 \\
 +999 \\
 \hline
 1111
 \end{array}$$

Los alumnos de la clase se quedaron haciendo cálculos durante el recreo, y la banda de los tirapelotillas sin su guerra, pero, sobre todo, Alberto descubrió que le gustaba el papel de profesor duro.

¿CUÁL SERÍA LA SOLUCIÓN AL PROBLEMA PLANTEADO POR ALBERTO?

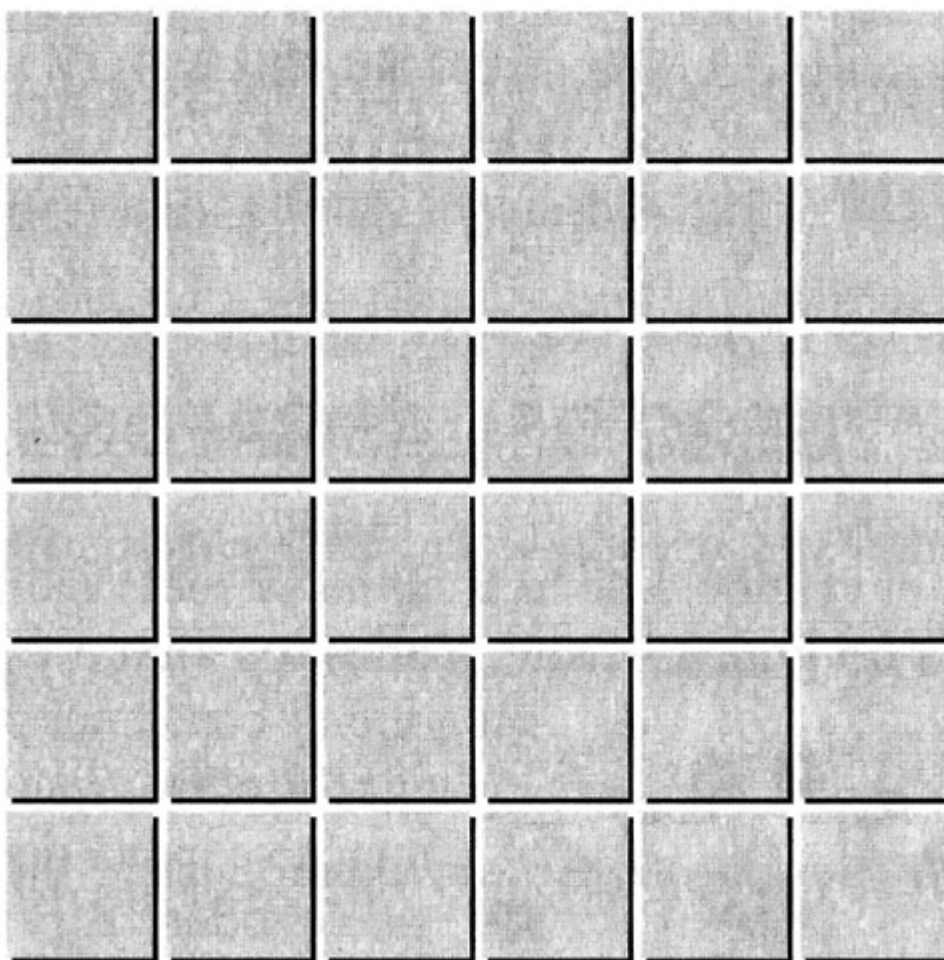
29. Qué bien se está hoy en el vestíbulo

EL JUEGO DE LAS BALDOSAS

En el vestíbulo de la facultad se suele montar cada mañana un gran alboroto. Todos los alumnos entran a mogollón y con tantas prisas por llegar a clase, que Alberto nunca se había dado cuenta de todas las posibilidades que ofrecía para hacer un rato el ganso.

Ese día, Alberto tenía una hora libre porque no se iba a dar una de las clases. El catedrático no aparecía, el adjunto tampoco, ya que le había dado un soponcio el día anterior, y el decano no había encontrado otro suplente.

Muchos de los de la clase habían llegado pronto, y como no sabían muy bien qué hacer, dado que era primera hora y el bar permanecía cerrado, se sentaron en el suelo del vestíbulo y comenzaron a charlar. Al haber desayunado fuerte, Alberto se encontraba con unas energías fuera de lo normal. No tenía ganas de estar sentado y comenzó a dar vueltas alrededor del vestíbulo mientras contaba las baldosas.



Cuando terminó había contabilizado treinta y seis baldosas dispuestas en un cuadrado de seis por seis. Alberto se quedó observando a sus amigos y se dio cuenta de que eran diecisiete, y con él dieciocho.

Alberto seguía con una energía de mil demonios, y cuantas más ganas le entraban de jugar a algo, más se preguntaba cómo sus compañeros eran capaces de permanecer sentados y charlando tan alegremente y, sobre todo, tan apalancados.

Estaba claro que si quería desfogarse un poco no le iba a quedar más remedio que inventarse un juego, pero ¿cuál?, porque con tantas ganas de quemar energías es difícil pensar algo interesante...

—¡Hey, tronkos! ¿Qué os parece si jugamos a colocarnos cada uno en una baldosa diferente

y nos bloqueamos unos a otros? —les propuso Alberto con decisión.

La propuesta funcionó, y en unos instantes se encontraron los compañeros jugando al «bloqueo de baldosas». Como eran en total dieciocho, y quedaban otras tantas baldosas libres, empezaron a saltar de una a otra como verdaderas fieras. Una vez más, Alberto se había salido con la suya.

El tema se iba poniendo cada vez más emocionante, de modo que decidieron hacer dos equipos. Puesto que eran un número par no habría problema en dividirse a partes iguales.

Los ánimos se iban caldeando, y lo que en un principio era un juego de bloqueos, se estaba convirtiendo en una batalla de gritos y empujones. Había que tener un poco de cuidado no fuera a ser que apareciera por allí el decano. Alberto se quedó pensativo un momento mientras recuperaba la respiración. Todos estaban ya sudando y el juego corría el riesgo de terminar a puñetazos, pues con tanto empujón algunos de los participantes comenzaron a picarse entre ellos.

Alberto tomó aire hasta la base de sus pulmones y, dirigiéndose a los demás, planteó un problema que todos trataron de resolver:

¿SERÍA POSIBLE QUE NOS COLOCÁSEMOS DE TAL MANERA QUE EN CADA FILA, COLUMNA Y DIAGONALES PRINCIPALES ESTUVIÉSEMOS SÓLO TRES?

Para cuando quisieron dar con la solución, había llegado la hora de la siguiente clase y, al menos, se había evitado el aburrimiento y también una pelea.

30. Y ¿éste es el novio de Yvonne...?

EL JUEGO DEL CATALEJO

La noticia corrió como un reguero de pólvora. Todos se quedaban anonadados al escucharla, y como el mensaje se iba transmitiendo de boca en boca, cada vez que lo conocía uno nuevo se iba exagerando un poco más.

—¡Yvonne no ha podido hacer eso! No me lo puedo creer —decían todos al escuchar la mala noticia.

El caso es que había testigos de absoluta solvencia que lo afirmaban, jurando haberlo visto con sus propios ojos. Era difícil de aceptar, pero el amor juvenil es así y no conoce fronteras. Aunque pareciera mentira, la bella Yvonne, la becaria belga, la musa de toda la facultad y secreto amor de todos, ¡andaba encaprichada de un macarrilla, campeón de palmeaar rumbitas por más señas!

—¿Y cómo es él? —preguntaban todos a un testigo ocular.

—Pues mira: con melenilla ensortijada a lo Camarón. Llevaba una camisa de seda con chorreras, de ésas de gitano rico, abierta y, naturalmente, luciendo el matojillo con un cadenón del que cuelga el Cristo de Dalí. También lleva pantalones de pinzas y botines grises de tacón cubano.

—¡Pues eso es bastante macarra! —añadió Alberto mientras se rascaba la nariz.

—¡Como se descuide vemos a Yvonne dentro de cuatro días viniendo a clase en chándal y con tacones, y hablando en romaní! —dijo Félixín *er granaíno*.

—¡Pero lo peor no es eso! Lo peor es que ella le cogía del hombro y le miraba con ojillos de cordero degollado —dijo el testigo.

—Y él ¿qué hacía? —dijeron todos al unísono.

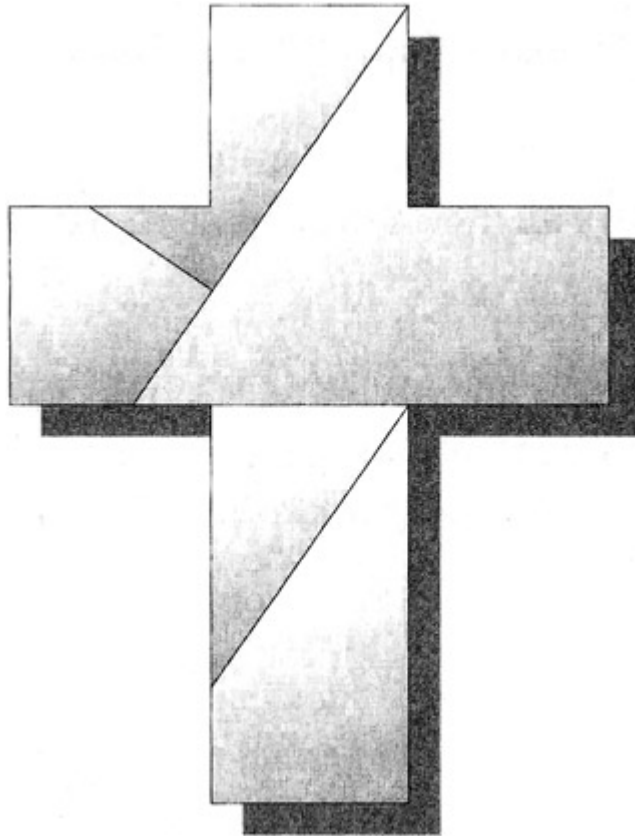
—Pues él estaría intentando aprovecharse de la intimidad para luego consumir su fechoría robándole las pelás —dijo el repelente de Borja meneando el dedo en tono afirmativo, para concluir después con un tajante—: ¡Hay que darle una lección de señorío!

Todos estuvieron de acuerdo, salvo Iñaki, que con gran prudencia hizo un alegato de lo peligroso que podía resultar meterse con semejante curruqui de barrio. En vez de dar lecciones, propuso la observación.

—Mira, además lo tenéis fácil, porque él la espera todos los días en el bar que se ve desde el aula C. Podemos ir allí y observar —concluyó el testigo ocular ante la propuesta de Iñaki.

Borja propuso traer el catalejo que siempre lleva en su GTI blanco, y que utiliza los fines de semana cuando acude al hipódromo. Todos los muchachos se pusieron a mirar quitándose el catalejo los unos a los otros. Al final ni aparecía Yvonne ni su lolailo galán.

Iñaki, harto ya de tanta disquisición, agarró el catalejo y lo primero que enfocó fue la cruz que había en el tejado de la iglesia. Nunca antes se había fijado, pero esa cruz de chapa metálica estaba formada por trozos soldados.



—¡Ondiá! ¡Mirad, chicos, lo que he descubierto! —dijo Iñaki desviando la atención del resto. Alberto se puso a mirar la cruz.

—¿Qué están haciendo esos dos ahora? —preguntó Borja mientras se encendía un rubio americano.

—¿Te has fijado? ¿Por qué no la habrán hecho de una sola pieza? —inquirió Iñaki.

—Quizás se cayó y se rompió —argumentó Alberto mientras meditaba con su dedo apoyado en la nariz.

—No, más bien parece que el brazo largo está cortado del resto. Prácticamente todos ya se estaban olvidando del *affaire* Yvonne y comenzaban a cavilar mientras el repelente Borja daba vueltas y más vueltas alrededor de la sala.

—A lo mejor es que sólo tenían una chapa y tuvieron que aprovecharla —dijo Alberto.

Sí, efectivamente tuvieron que aprovechar una chapa, pero:

¿QUÉ FORMA TENÍA ORIGINALMENTE ANTES DE CORTARLA?

Definitivamente olvidada Yvonne y su presunto novio, los colegas tenían ya a la vista otro reto que solucionar mientras deglutían unas birras.

31. Los Santos Inocentes

EL JUEGO DEL MONIGOTE

Era el 28 de diciembre, los Santos Inocentes, un día que no puede pasar como otro cualquiera para un muchacho tan mangui y poco serio como Alberto. Durante las horas de pausa entre clase y clase, nuestro amigo se quedó en un aula vacía pensando en gastar alguna que otra broma. No tenía el día muy ocurrente, por lo que decidió confeccionar el tradicional monigote y no complicarse más.

Encontró una cartulina blanca y unas tijeras. En un momento tenía listos tres muñecos. Permaneció pensativo y decidió que sólo tres bromas para un día tan señalado no eran suficientes. Como no encontraba más cartulinas, agarró un viejo ejemplar del periódico y recortó dos monigotes más. Ahora tenía en total cinco muñecos, tres de cartulina blanca y dos de papel de periódico.

Alberto se dio una vuelta por el bar de la facultad, en espera del momento adecuado para gastar las bromas. Sin embargo, sus compañeros debían de olerse algo, porque nadie bajó la guardia en ningún momento.

Al terminar la última clase del día, Alberto seguía dándole vueltas a la cabeza tratando de encontrar el momento ideal. Le acompañaban sus amigos Iñaki y Félixín, y mientras caminaban por la calle, Alberto comenzaba a perder la esperanza.

De pronto divisaron a su amigo Marcelino. Es un ciego que vende cupones muy cerca de la plaza. Alberto y sus compañeros le tienen mucho aprecio porque, aunque es ciego, también es muy ingenioso y, sobre todo, un gran vacilón. A Alberto se le encendió una bombilla en su cabeza y se dijo: «¡Este es el momento para hacer un poquito el mangui!»

Mientras saludaban al bueno de Marcelino, Alberto aprovechó la oportunidad para dar tres hábiles palmaditas en cada espalda. Tres monigotes ya estaban colocados.

Conociendo a Alberto, nos podemos imaginar la carcajada que soltó. Inmediatamente, Iñaki y Félixín se echaron la mano a la espalda y consiguieron a duras penas palpar sus respectivos muñecos.

Alberto, entre risotadas, le dijo a Félixín, tratando de prolongar la diversión:

—Tenía cinco monigotes, dos hechos de papel de periódico y otros tres de cartulina blanca. ¿A que no sabes de qué es tu monigote?

Félixín miró a las espaldas de Marcelino e Iñaki, y después respondió:

—Eres un mamonazo. ¡Me cabrea no haberme dado cuenta de cuándo me pusiste el monigote, pero mucho más no saber de qué está hecho!

Alberto, divirtiéndose más que nunca, se dirigió entonces a Iñaki.

—Y tú, ¿sabrías de qué papel es el tuyo?

Iñaki, con ojos de asombro, se quedó un momento pensativo para decir finalmente:

—No, capullo.

Parecía que a Alberto le iba a dar un ataque de risa, cuando Marcelino, que había permanecido en silencio, se arrancó diciendo:

—Chicos, mi muñeco es de papel...

¡Y acertó!, ante el asombro de Alberto y sus dos compañeros.

RAZONA COMO MARCELINO PARA ACERTAR LA RESPUESTA.

32. ¡Qué rara es la Luna!

EL JUEGO DEL SUEÑO DE ALBERTO

El padre de Alberto tiene un telescopio en la azotea de su casa. Con él se pasa las noches descubriendo y observando los secretos del espacio. La otra noche, Alberto llegó a casa con un humor de mil demonios, ya que sus amigos le habían dado un plantón de órdago. Durante más de tres horas había estado esperándoles en un bar a base de cañas y pinchitos de empanada gallega. La crispación que traía era triple: ética, gastronómica y emocional. Debió de ser ésta la causa por la que su padre, al verle entrar en ese estado, le propusiera que subiera con él para ver la Luna a través del telescopio y, de paso, que le diera un poco el aire. Aunque ya era tarde y Alberto se encontraba muerto de sueño, la idea le apeteció. Cuando miró por el visor, Alberto se llevó una gran sorpresa: la Luna era muy diferente a través del telescopio. Profundamente impresionado, y en vista de que el aire de la noche no le hacía demasiado efecto decidió irse a la cama.

Se quedó frito en unos instantes. Mientras cerraba los ojos, tenía la idea de ser un intrépido astronauta viajando a la conquista de la Luna...

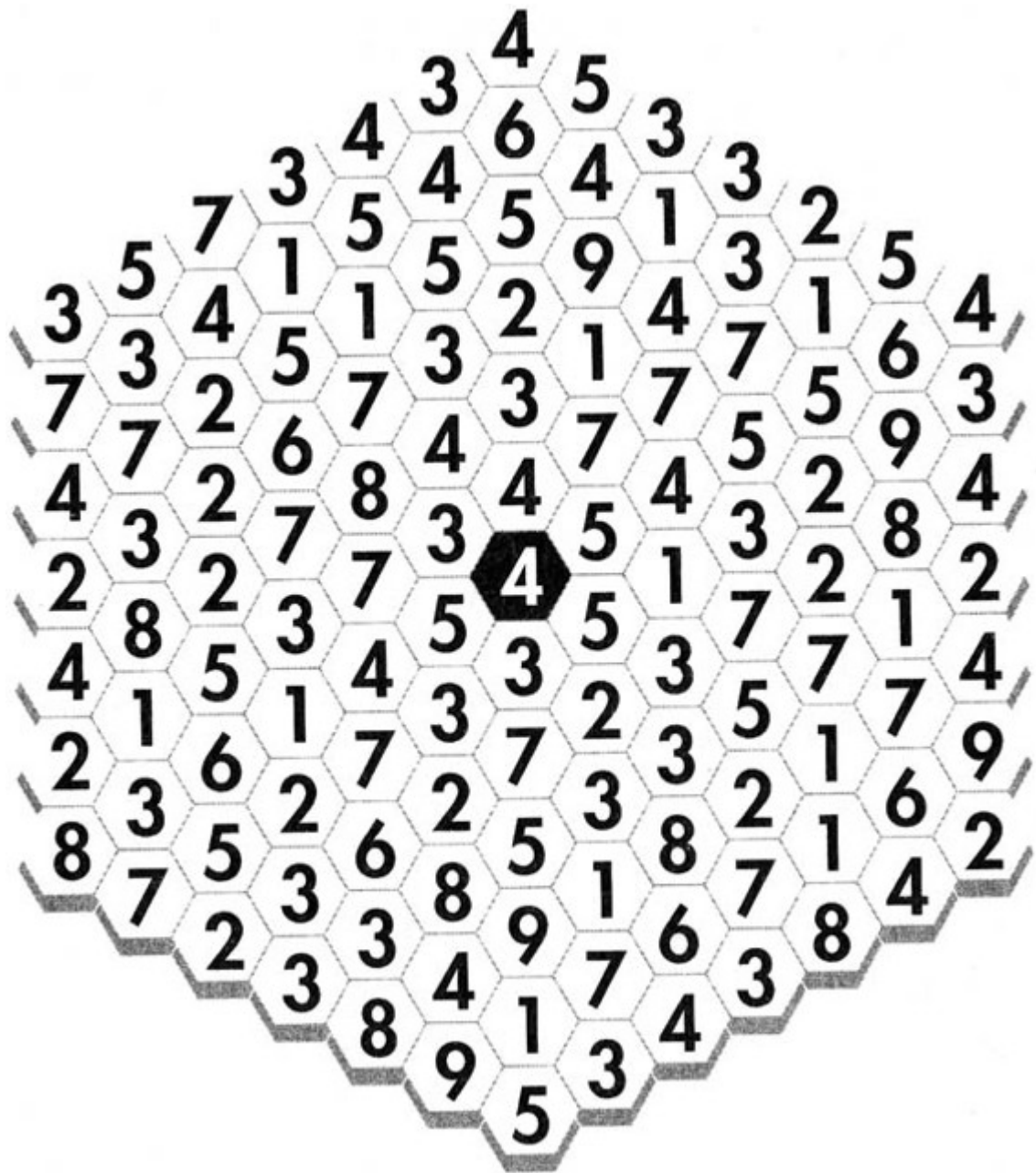
De pronto, Alberto se encontró en la cápsula espacial, ajustándose la escafandra.

Echó una ojeada a través de la escotilla y se quedó perplejo: la Luna de cerca era totalmente diferente a como la había visto con su padre. Los cráteres que se veían desde el telescopio eran en realidad unas extrañas baldosas hexagonales con un número en el centro de cada una de ellas. Alberto descendió de la cápsula y puso sus pies sobre la superficie lunar.

Lo primero que descubrió fue que la nave había «alunizado» en una baldosa que tenía el número cuatro. No entendía nada, pero le divertía mucho. Miró a su alrededor y descubrió que todo el terreno que divisaba tenía una forma global de hexágono, pero lo más extraño era que él se encontraba justo en el centro, y que su baldosa era de color negro, mientras que las demás eran blancas.

—¡Seguro que por aquí hay algo muy interesante por explorar! —dijo, mientras se disponía a caminar sobre tan singular luna.

Alberto ya andaba con la idea de conocer nuevos amigos selenitas, pero de pronto su sorpresa fue grande: como no había gravedad, Alberto podía ir saltando de una baldosa a otra. Lo de la menor gravedad en la Luna ya lo había aprendido en el cole, pero aquí pasaba algo extraño, puesto que después de varios intentos fallidos para avanzar, se dio cuenta de que, para moverse, sólo lo podía hacer si saltaba tantas baldosas como el número que aparecía en la superficie de la baldosa desde la que daba el salto.



Alberto se quedó meditando sobre la manera de salir del gran hexágono lunar, y después de varias intentonas, descubrió además que debía hacerlo con una puntuación exacta.

Estando Alberto en la baldosa inicial se preguntó:

¿CUÁL SERÁ LA SUCESIÓN CORRECTA DE NÚMEROS PARA PODER SALIR DE ESTA «LUNA», SEGÚN LAS REGLAS MENCIONADAS?

33. Las gansadas se pagan

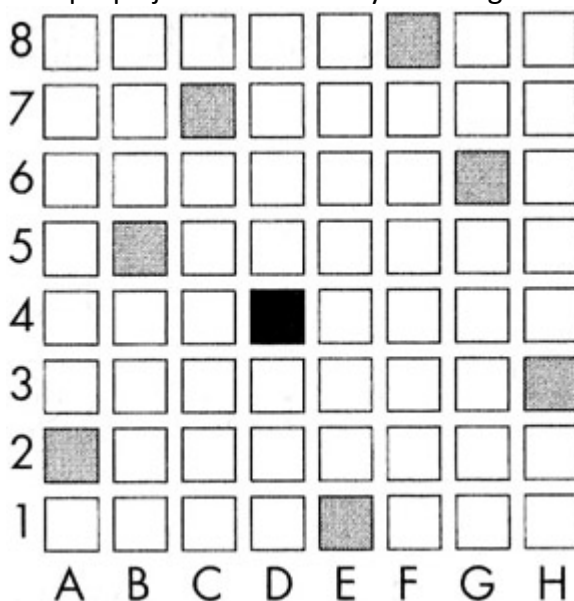
EL JUEGO DE LAS POSICIONES

Con muchachos tan escandalosos como Alberto y sus amigos, lo raro es no encontrárselos formando algún caos. Esto es algo que se puede dar especialmente al comienzo de una nueva asignatura cuatrimestral, justo antes de la entrada del profesor novato. Esta vez, el barullo se formó cuando un compañero de Alberto inició una verdadera guerra de guerrillas armado de un canuto vacío de boli a modo de cerbatana, y utilizando como temible munición unos granos de arroz. En unos instantes los ocho alumnos más conflictivos se encontraron bombardeándose los unos a los otros, cambiando continuamente de pupitre y posición.

Cuando entró en la clase, el nuevo profesor se echó las manos a la cabeza. Tenía fama de ser un viejo cascarrabias, pero sobre todo de ser algo retorcido, según les habían comentado los alumnos del curso superior. Así pues, la cosa estaba clara y el castigo servido.

Como la gansada se basaba en un cambio de posición permanente, el castigo no pudo ser menos. Consistía en irse colocando en los sesenta y cuatro pupitres que tenía la clase, que estaban repartidos en ocho filas de ocho pupitres cada una, pero haciéndolo de tal forma que ninguno de los ocho permaneciera alineado ni vertical, ni horizontal, ni siquiera diagonalmente con sus otros siete compañeros de «guerrillas».

—Para que os vayáis enterando os doy un ejemplo de solución, mis queridos alumnos —dijo satisfecho el profesor al ver la perplejidad de Alberto y sus amigos.



En el pupitre D4 se colocó Alberto, y la disposición que compuso con los otros siete alumnos aparece igualmente reflejada en el dibujo. Es posible establecer una norma de numeración para distinguir unas soluciones de otras. De este modo, la descrita por el profesor podríamos llamarla 25741863. Y esto, si consideramos la posición de cada alumno sucesivamente en cada una de las columnas ABCDEFGH.

«¡Ondiá!, a fin de cuentas esto se parece al ajedrez», pensó Alberto.

Cuando el profesor comprobó que los ocho revoltosos habían comprendido, dijo:

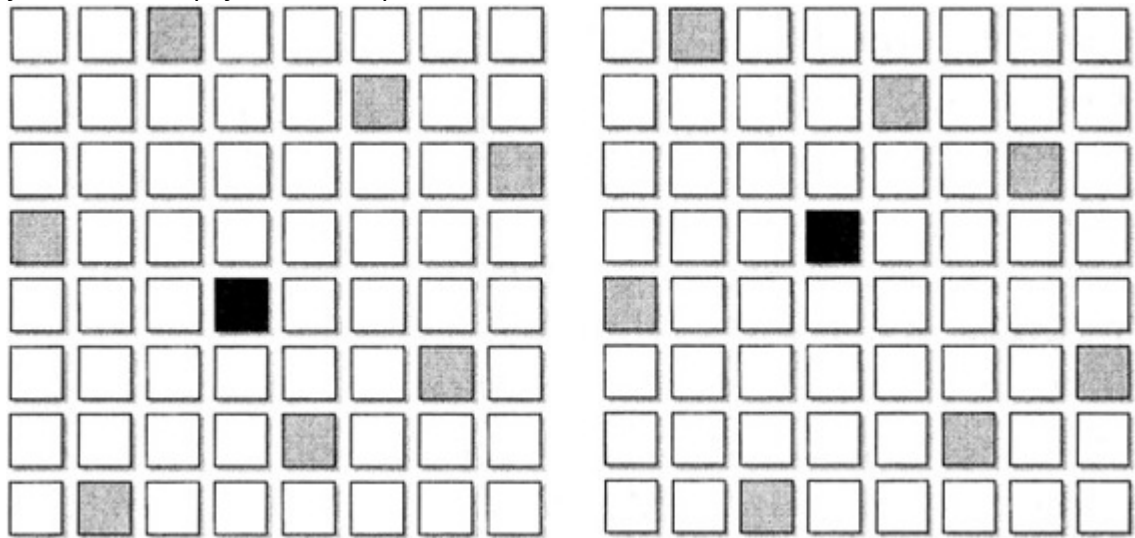
—Pues bien, la primera pregunta es ésta:

1. ¿DE CUÁNTAS MANERAS DIFERENTES OS PODÉIS COLOCAR?

—Efectivamente, hay varias, más de diez e incluso más de cincuenta. La cuestión es saber cuántas son exactamente, ni una más ni una menos —descubrió el bueno de Alberto.

—¡Ah!, queridos alumnos, tendréis que considerar como soluciones diferentes sólo aquellas que no se pueden conseguir girando la clase, como si efectivamente fuese un tablero de

ajedrez —añadió el profesor—, y tampoco consideraréis distintas las que puedan verse como reflejadas en un espejo. ¡Tienen que ser auténticamente diferentes!



Las dos posiciones de la figura son, en definitiva, la misma que compuso el profesor si nos atenemos a lo expuesto; por tanto no serían válidas.

Alberto encontró rápidamente la solución. Por ello, el profesor no se quedó demasiado satisfecho con el resto de los revoltosos, de modo que les preguntó:

—Si Alberto se mantiene en la posición que ocupa, es decir, la D4, mientras vosotros os cambiáis de sitio,

2. ¿DE CUÁNTAS MANERAS OS PODRÉIS COLOCAR VOSOTROS SIETE?

34. ¡Qué tarde de lluvia!

EL JUEGO DEL EXTRAÑO LUGAR

«Esta tarde vi llover, y no estabas tú», decía la letra del bolero que escuchaba Alberto mientras miraba a través de la ventana de su habitación. Afuera, en la calle, el chaparrón parecía que nunca fuera a cesar. La tarde de ese fin de semana no podía haberse presentado peor, debía de estar pensando Alberto. Mientras tanto, su amigo Iñaki hojeaba una revista sin mucho interés. Todos los planes que tenían nuestros amigos se habían estropeado, y la melancolía del bolero no ayudaba demasiado a sacarlos del estado en que se encontraban; es decir, más aburridos que una ostra. Habían pensado dar una vuelta, pero era seguro que no se encontrarían con nadie. Como no dejara de caer agua estaba claro que se verían obligados a quedarse en casa.

Para divertirse, se pusieron a jugar una partida de cartas, pero siendo sólo dos no le vieron mucho sentido. Si por lo menos fueran cuatro podrían haber jugado al mus. El caso es que a las tres partidas dejaron de jugar, mirándose los dos amigos con los brazos cruzados. Aquello no funcionaba, al menos esa tarde.

Luego comenzaron a jugar a la oca, pero al cabo de un rato se dieron cuenta de que cada vez que meneaban el cubilete lo hacían suspirando con resignación. Tendrían que buscar otra manera de pasar el rato.

Decidieron entonces ir al salón y ver un rato la tele. Allí se encontraba la madre de Alberto viendo un melodrama mexicano, a la vez que arreglaba los pantalones de su marido. Con tanta lágrima, miseria humana y desamor, los dos chicos se miraron a los cinco minutos para decir un definitivo ¡Qué pestiño!

La tormenta no amainaba, y lo único que se les ocurrió hacer fue ponerse a jugar con la hermana de Alberto, pero como ella sólo quería jugar a las muñecas, no pasó ni media hora y ya estaban pensando en otra cosa. El padre de Alberto, viendo el aburrimiento de los dos jóvenes, les propuso ir a la biblioteca para ver si contemplando algún libro eran capaces de estar sin dar la murga un ratito. La opción no parecía demasiado interesante, pero dado el estado de cosas, quizás pudieran encontrar algún aliciente entre las páginas de un libro.

—Seguro que se tira lloviendo así hasta junio —dijo Iñaki mientras miraba en la estantería qué libro tomar.

Alberto tenía un libro entre las manos, y al escuchar las palabras de su amigo, de pronto se le ocurrió algo:

—Hay un lugar donde marzo va antes de mayo y después de junio.

Iñaki, al escucharlo, le miró con cara de asombro y le dijo:

—¡Anda ya, me estás tomando el pelo!

Alberto se empezó a reír y añadió:

—Sí, y además, en ese lugar es donde el sábado está antes que el viernes y después del miércoles.

Iñaki respondió que aquello era imposible, pero en realidad se estaba devanando los sesos por entenderlo.

El padre de Alberto comprendió inmediatamente el quid de la cuestión, y mientras preparaba una pipa de fumar dijo entre risas:

—Es más, en ese lugar el tres está antes que el uno y después del dos. El cuatro, en cambio, se halla antes que el dos.

Iñaki estaba hundido en un mar de dudas. Sin embargo, no podía creer que el padre de Alberto le fuera a mentir. De modo que se quedó pensativo haciéndose esta pregunta:

¿DÓNDE SE DAN TODAS ESAS PARADOJAS?

35. A ver cómo organizamos el reparto

EL JUEGO DE LA PASTERERIA

Hoy iban a entregarse las notas de los primeros parciales. Muchos alumnos tenían grandes dudas sobre qué calificaciones podrían recibir. Cuando entró el profesor se formó tal silencio en la clase que pudieron escuchar hasta el vuelo de una mosca.

El profesor comenzó a llamar a los alumnos para darles el sobre cerrado. Cada nombre citado daba lugar a una terrible expectación que se esfumaba según el muchacho hacía un gesto u otro al ver el contenido del sobre. Alberto y Felixín eran los dos que más nerviosos estaban. La verdad es que el primero ya no tenía uñas que comerse.

Cuando llegó el turno de Alberto y tuvo la oportunidad de ver su nota, lanzó un grito de alegría.

— ¡Debuten, esto hay que celebrarlo!

Los resultados fueron mejor de lo que se esperaba. En términos generales, todos sentían alguna satisfacción, incluso Felixín, que en el fondo se temía lo peor, y como los éxitos hay que saber festejarlos, se les ocurrió darse un pequeño homenaje: nada mejor que, a la salida de la clase, darse una vuelta por la pastelería...

¡Menudo material humano! No eran muchos, pero la calle parecía una verdadera revolución a su paso. Entre gritos de alegría y carreras llegaron a la puerta de la pastelería. Más que alumnos universitarios parecían quinceañeros. Todos se amontonaron en el escaparate al grito de: «¡Yo quiero de éstos!» El cristal quedó inundado de huellas de manos y dedos.

El dependiente, que ya los conocía, no tuvo ni que preguntar. Dispuso una gran bandeja y la llenó de un surtido pastelero. Desde luego, era mejor llevarles la corriente, así estaba seguro de que sus clientes quedarían satisfechos una vez más, pero sobre todo de que no le montarían un cisco.

Ahora llegaba lo más complicado: el reparto. Alberto, que es un poco rebuscado, pero sobre todo conoce a sus compañeros y amigos, propuso guardar un mínimo de organización. Todos se le quedaron mirando y le preguntaron:

— Sí, pero ¿cómo?

Alberto se hizo el interesante y dijo:

— Yo cojo un pastelito más un séptimo de los que quedan.

— Bien, ¿y luego?

— Luego, tú, Iñaki, cogerás dos pastelitos más un séptimo de los que queden.

Los muchachos le miraban con cara de no entender del todo qué era lo que pretendía el nuevo «maestro de ceremonias», pero continuaron escuchándole.

— Después de Iñaki, tú Yvonne, cogerás tres pastelitos más un séptimo de los que queden. Siguiendo este criterio, iremos cogiendo todos hasta que se vacíe la bandeja de manera exacta —concluyó Alberto.

Después de deducir cuántos muchachos y pasteles había...

¿PODRÍAS SABER CUÁNTOS PASTELES COMIÓ ALBERTO, CUÁNTOS IÑAKI Y CUÁNTOS YVONNE?

36. ¡Hay cada uno en mi facultad!

EL JUEGO DE LAS EDADES

Alberto había quedado esa mañana de sábado con Iñaki y Marcelo para visitar una exposición. Aquello requería un cierto esfuerzo, dado que para ver cualquier obra había que sortear infinidad de espaldas que se interponían entre ellos y el arte. Posiblemente era un lugar más apropiado para conocer gente que para disfrutar con la contemplación. Desde luego, la asistencia a la exposición estaba resultando masiva, y nuestros amigos iban perdiendo poco a poco el interés, ya que por cada cuadro que veían se tragaban doce espaldas, de las cuales alguna era conocida.

Iñaki ya había saludado a cuatro amigos y vecinos suyos, Marcelo a dos y Alberto a tres.

—Ya sólo nos falta encontrarnos con alguien de la facultad —le dijo Iñaki a los otros dos.

No tuvo que esperar mucho, porque a la salida vieron a uno que parecía ser el nuevo alumno de su clase.

Enseguida se dirigieron hacia él y comenzaron a charlar.

—Yo que tú no entraría, porque lo único que vas a ver son espaldas —le sugirió Marcelo.

A su compañero de clase lo de pasar de exposición le debió parecer buena idea, ya que les propuso ir a tomar unas cañas y dejar la cultura para otro momento. Una vez en el bar, la conversación no fluía con facilidad y con tanto ruido las preguntas había que sacarlas con tenazas. Meditabundos andaban los cuatro, cuando Alberto le preguntó a su nuevo compañero de facultad:

—Y vosotros, ¿cuántos hermanos sois?

—Somos tres, aunque yo soy el único varón.

Curioso, Alberto le volvió a preguntar:

—¿Y tus hermanas son mayores que tú?

El chaval miró a Alberto con cara de plantearle un acertijo y le respondió:

—Pues mira, colega: cuando yo tenía ocho años menos, el producto de nuestras edades era igual al número de la casa de ahí enfrente, donde llama el del sombrero, mientras que la suma era igual al número de la que tenemos detrás —respondió el nuevo compañero señalando con el dedo hacia la casa en cuestión.

—¿Y eso es todo? —contestó Alberto mientras, picado, se ponía a cavilar.

Con el dedo apoyado en la punta de la nariz pensó: «Este me toma el pelo». La nariz de Alberto se fue poniendo roja como un tomate hasta que dijo:

—Con lo que me dices no es posible resolver el acertijo.

Su nuevo amigo, que parecía estar haciendo oposiciones a dejar de serlo, añadió:

—Te diré sólo una cosa más: entonces la pequeñaja todavía iba a la guardería.

No cabía duda, su amigo era retorcido, pero Alberto era más listo, y además le sacaba ¡tres años! ¿Cómo no se había dado cuenta antes? En unos instantes Alberto resolvió el problema.

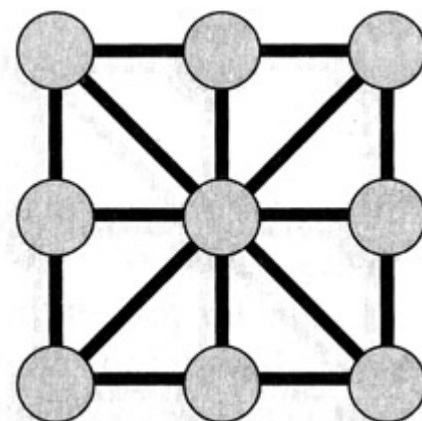
CON ESTOS DATOS, AMABLE LECTOR, ¿SABRÍAS QUÉ EDAD TIENE ALBERTO?

37. ¡Qué paciencia hace falta con Iñaki! EL JUEGO DE LAS VARIANTES DE TRES EN RAYA

Tras un examen siempre pasa lo mismo: se juntan los que van saliendo para comentar las preguntas más interesantes, y eso es algo que saca de quicio a Alberto.

Durante los segundos parciales se empezó a repetir lo de siempre y Alberto, junto con Felixín, decidieron alejarse de esta situación. No parecían muy animados a comentar nada que tuviera relación con lo que acababan de sufrir, de modo que prefirieron salir del edificio.

Iñaki paseaba por los jardines de la entrada de la facultad, cuando vio a Alberto sentado junto con Felixín en un banco.

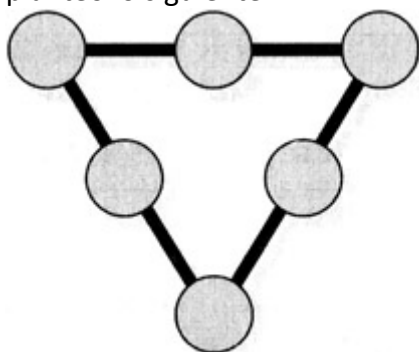


—¡No me digáis nada, chicos! Ya me imagino de dónde venís. Oye, ¿os apetece jugar a tres en raya? —les dijo mientras adoptaba una mueca divertida.

Alberto se mostró de acuerdo. Cualquier cosa era preferible a pensar en los exámenes. Como Felixín no sabía de qué iba el rollo, Alberto se puso a explicarle en qué consistía el juego.

—Verás, el tablero consta de nueve casillas con las cuales se puede hacer tres en raya de ocho formas distintas; es decir, tres verticales, tres horizontales y dos diagonales.

Iñaki, que andaba algo bromista y con ganas de cachondeo, se metió en la conversación y planteó lo siguiente.



—¿Y si construyéramos un juego de tres en raya con sólo seis casillas, de tal forma que sólo hubiese tres maneras de poner las tres fichas en línea?

Alberto le miró con cara de pocos amigos y le respondió:

—Mira, Iñaki, eso es imposible porque no se podría jugar.

Iñaki no se hacía mucho a la idea de las pocas ganas de bromas que tenían sus amigos, por lo que les preguntó:

—Y si lo hiciéramos con sólo una línea de tres casillas, ¿no creéis que sería el juego de tres en raya más simple? Je, je, je.



Alberto y Félixín levantaron la mirada del juego al tiempo que le respondían:

—¡Sí, Iñaki, el más simple, pero también el más estúpido!

Aquella respuesta le supo a Iñaki a cuerno quemado, por lo que permaneció en silencio un rato hasta que se atrevió a preguntar:

¿CUÁNTAS CASILLAS SE DEBERÍAN AÑADIR Y DE QUÉ FORMA, PARA QUE EXISTAN DIEZ MANERAS DE HACER TRES EN RAYA?

Esta vez Iñaki había acertado. Félixín y Alberto se dispusieron a desentrañar el enigma. Al menos, Iñaki había conseguido que sus dos colegas se olvidaran de los exámenes.

38. Hoy nos vamos de compras

EL JUEGO DE LOS CODIGOS DE BARRAS

Yvonne llevaba varios días queriendo marcarse el detalle de cocinar algo típico de su tierra para sus amigos Iñaki y Alberto. Puesto que en su habitación del colegio mayor hay una pequeña cocina, lo único que necesitaba eran los ingredientes. Sólo había un pequeño problema: las pelias de la beca de Yvonne no terminaban de llegar, y si los tres querían darse una comilona belga, tendrían que compartir los gastos.

Era sábado por la mañana y hacía un día espléndido, de modo que los tres amigos decidieron darse una vuelta antes de ir de compras.

—Podemos ir a un Híper y comprar todo de un tirón —propuso Iñaki.

—Pues yo prefiero que vayamos al mercado, que los productos son más frescos; no me gustan nada los envoltorios de plástico. Además, el trato es mucho más humano y personal —dijo Alberto.

A Yvonne le apeteció más la última idea, ya que de este modo podrían comparar los mejores precios entre puesto y puesto.

Cuando llegaron al mercado se quedaron sorprendidos de la cantidad de puestos y chiringuitos que había. Sin embargo, algo estaba cambiando, ya que allí también habían adoptado la costumbre de envolver los productos frescos en envoltorios de plástico. Para ello contaban en cada puesto con una máquina que en un segundo los envolvía.

—¡Cómo avanza la técnica! —dijo pensativo Iñaki.

—¡Sí, es una barbaridad! Por lo menos el trato humano es más agradable y personal —le respondió Alberto.

—Hablando de barbaridades, nos hemos olvidado de hacer la lista de los productos que tenemos que comprar —concluyó Yvonne.

Los tres se pusieron a escribir la lista en el bar del mercado. Sin embargo, aquello empezaba a resultarles algo complicado, sobre todo por las cantidades necesarias de cada producto que, a decir verdad, Yvonne no recordaba muy bien. La idea de jugar a los *gourmets* se iba desvaneciendo por segundos ante tantas dificultades, cuando, de repente, comenzaron a escuchar un vocerío que les hizo olvidar el asunto de la comida.

—¿Ve usted el letrero del puesto de enfrente?! —decía a gritos un fornido cliente.

—¿Cuál dice usted? ¿El de «Pollería-Huevería Nuestra Señora del Carmen»? —respondía el tendero, bastante más calmado.

—¡Pues como le vea yo a usted aceptar a otro cliente un billete de diez mil!, ¡¡¡le meto entre la «o» y la «l»!!! —concluyó el airoso cliente al tiempo que se marchaba—. ¡¡¡Entre la «o» y la «l»!!!

—Je, je, je, pues yo llevo uno de diez talegos —comentó Alberto a sus dos amigos.

—Ya que el trato es tan «humano», casi mejor nos vamos al Híper, que es bastante más aséptico —propuso Iñaki bastante vacilón, a lo que asintieron Yvonne y Alberto en su afán de curiosear.

Cuando llegaron al Híper lo encontraron fascinante. Nunca habían visto nada igual. Se notaba que ninguno de ellos hacía la compra en casa. Había una sucesión interminable de estanterías y más estanterías rebosantes de todo tipo de artículos.

Comenzaron a dar vueltas por allí, pero ninguno de los tres sabía qué comprar. La primera sección en la que se pararon era la de juguetes.

—¡Qué emocionante! —dijo Yvonne—. No me importaría volver a mi infancia.

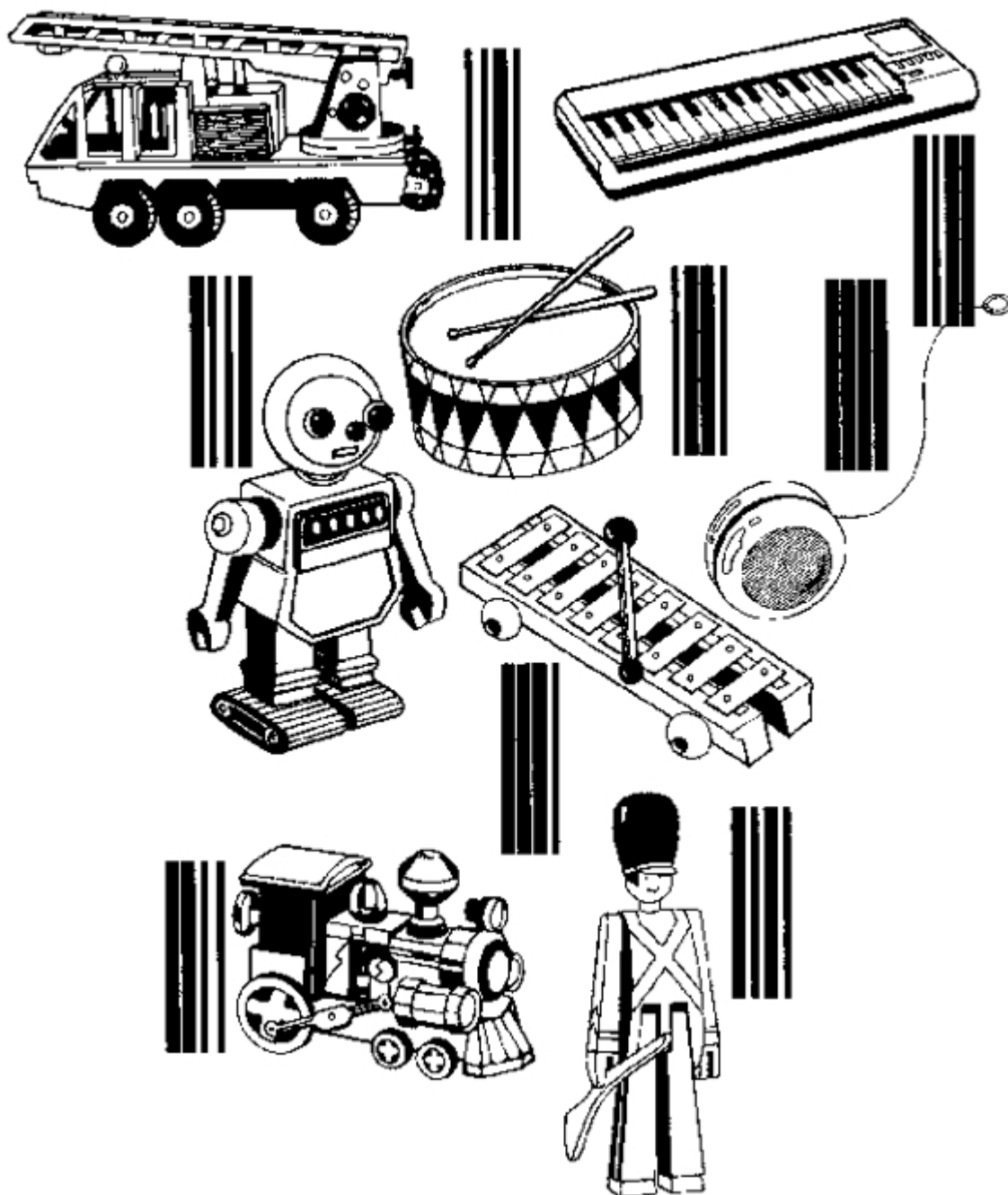
—¡Cómo sois las mujeres! —se rio Iñaki sin querer reconocer que él también estaba encantado. Con una excusa simplona terminó diciendo—: El caso es que yo tengo que comprar unos regalos a los nanos de mi tío Luis.

Ñaki no resistió la tentación de pararse en el apartado de los trenes eléctricos, y a Alberto le faltó tiempo para encandilarse con los *mecanos*.

Increíble, pero cierto: Alberto, Ñaki e Yvonne parecían tres mocosos la víspera de Reyes, diciendo qué les pedirían. Un tren, un camión, un osito, unos patines... No dejaron de examinar ningún estante.

Volviendo a la realidad, Alberto se quedó observando los precios y etiquetas, y descubrió que todos llevaban un código de barras estrechito.





«Es lógico, porque con tal cantidad de juguetes sería imposible llevar un control de otra forma», se dijo Alberto.

Los tres compañeros, cada uno con su carro, comenzaron a seleccionar juguetes para regalarlos más tarde a sus respectivos sobrinos, primos, etc. Llevaban un buen rato, cuando por megafonía se anunció que era casi la hora del cierre. Con los carros llenos se dirigieron hacia las cajas. Alberto se quedó sorprendido por la pistola lectora del código de barras. Pensó entonces en guardar los *tickets* de barras como recuerdo, y para esto nada mejor que escribir el nombre de cada uno en su correspondiente *ticket*.



Viendo las ilustraciones,
¿PODRÍAS SABER QUÉ COMPRÓ CADA UNO DE ELLOS?
¿QUÉ JUGUETE FUE EL QUE COMPRARON LOS TRES?

39. Cómo es el mundo de los espías

EL JUEGO DEL MENSAJE OCULTO

El cineclub de la facultad sería ideal si no fuera por los bodrios de películas que suelen proyectar. Por una vez, los organizadores acertaron, seleccionando una película francesa de espías que, aunque fue de esas de la *nouvelle vague*, para «listos», en blanco y negro, con subtítulos y mucho arte y ensayo, hizo que todos salieran bastante satisfechos.

El caso fue que a la salida los espectadores comentaban entre bromas que al terminar la carrera ya sabían qué *master* iban a hacer: ¡el de agente secreto!

La que realmente salió fascinada fue Yvonne, y es que no cabe duda de que ella es bastante más leída y viajada que el resto de sus amigos. Como gran cinéfila, más que hacer bromas sobre la película que habían visto, le apetecía discutir en plan cinefórum sobre encuadres, claroscuros o interpretación. Desgraciadamente, el único interlocutor que encontró dispuesto para tal menester fue el fantasmón de Borja que, gracias a su nivelón, suponía que podría estar a la altura de las circunstancias requeridas por la musa de todos.

—¡Vi-sio-na-ria! ¡Vi-sio-na-ria, la pe-lí-cu-la! —le decía el muy cretino a Yvonne.

—Como te descuides un pelo, este pingao te va a robar plano con Yvonne. Y si no, ya verás —le cuchicheó Iñaki a su amigo Alberto.

El caso es que al final se quedaron Alberto, Iñaki e Yvonne junto a Borja y su amigo Yago. No es que fuera el quinteto más deseado, pero para tomar una cerveza podía pasar.

Una vez en el *pub*, Alberto e Iñaki no tardaron en ponerse de los nervios con la cháchara de los dos repelentes y la estúpida conversación que se traían.

—No me puedo creer que Yvonne no se dé cuenta de lo pánfilos que son estos dos —le decía por lo bajo Alberto a Iñaki.

—Casi mejor nos vamos a dar una vuelta —propuso Iñaki.

Alberto y su amigo dijeron a los otros tres que iban un momento a por tabaco.

—Por Snoopy, a ver si me puedes hacer el favor de traerme un paquete de cigarrillos ingleses de los que fumo, y por si en la tienda no los tuvieran, llévate mi Motorola, que con el de Borja nos quedamos conectados —le pidió Yago.

Al marcharse Alberto e Iñaki, Yvonne se les quedó mirando con ganas de acompañarlos.

—Volvemos en un instante —dijo Alberto dándoselas de Belmondo.

No tendrían que andar mucho para toparse con un curioso misterio. Mientras los dos amigos caminaban lamentándose de su suerte, se quedaron mirando el centro de la plaza. Allí en el suelo, entre las baldosas normales, había diecinueve baldosas hexagonales que todas juntas formaban un gran hexágono de tres baldosas por lado. Cada una tenía una letra y un número aunque los números estaban medio borrados de tanto pisarlos.



Alberto se quedó mirando a su compañero de penas y le dijo:

—Vamos a llamar a Yvonne a ver qué le parece este juego, y a ver si con esto no nos la buitrea esos dos. Como esto parece algún mensaje en clave, sin duda a Yvonne le va a encantar.

La idea de Alberto funcionó a la perfección, y tras rescatar a su amada vía Motorola, ésta y Borja comenzaron a apuntar las informaciones que iba dictando Alberto. Este continuó observando y descubrió que al lado del hexágono había un cuadrado compuesto de otros nueve cuadrados más pequeños, con un número en cada uno de ellos. Alberto volvió a transmitir la información por el teléfono portátil. Era evidente que estaban ganando la partida a los dos pijos y su aburrida conversación sobre cine.

—¡Más espacio, que no doy abasto! —le solicitaba Yvonne a través del auricular, mostrándose muy animada por el enigma.

Mientras se desarrollaba la comunicación, Alberto avanzaba en sus descubrimientos, dándose cuenta de que la suma de los números del cuadrado, en diagonal, horizontal y vertical era siempre quince.

2	9	4
7	5	3
6	1	8

Borja, en la «base», no paraba de anotar las informaciones que le enviaban sus dos rivales en amor. Desde luego, no le quedaba ahora más remedio que resolver el problema. La última que estaba apuntando se trataba de que Iñaki había descubierto que el hexágono sumaba treinta y ocho en cualquier dirección. Sin lugar a dudas, era un mensaje en clave. La

información estaba ya transmitida y ahora, si Borja y Yago querían salvar la cara delante de Yvonne, tendrían que afrontar el reto. Cuando supieran la colocación que tenían los números, podrían saber el orden en el que colocar las letras. Otra pista: el mensaje oculto no era otra cosa que el lema de la ciudad.

¿CUÁL ES ESTE MENSAJE?

Desde luego, cuando al cabo de un buen rato regresaron Alberto e Iñaki, no pudieron contener la risa al ver a los dos pijos echando humo por la cabeza y colorados del infructuoso esfuerzo por resolver el enigma.

40. ¡Qué guarrerías!

EL JUEGO DE LOS ZUMOS

Después del asunto de las baldosas las relaciones entre Alberto y Borja se encontraban más tensas que nunca. Alberto pensó que lo mejor para solucionarlo era mantener una conversación de hombre a hombre con su repelente rival. Decidieron encontrarse en tierra de nadie, y para esto ningún lugar parecía más adecuado que su *burger* favorito, el Paco's.

Hacía tiempo que no pasaban por allí, de modo que al terminar las clases se marcharon a tomar un zumo natural de los que hacía su común amigo Paco.

Cuando llegaron al local se encontraron con que estaba a tope. Parecía como si todos los estudiantes de la facultad hubieran decidido darse cita en el mismo sitio y a la misma hora. Había un montón de amigos y compañeros a los que saludar, pero lo primero era localizar una mesa.

Una vez sentados, Alberto se levantó a pedir unas consumiciones. Mientras, Borja se quedó saludando a unas compañeras de Yvonne.

«¡Este Borja siempre haciendo el paripé!», se dijo Alberto cuando volvía a la mesa cargado con dos hamburguesas gigantes y dos enormes bolsas de patatas fritas.

Para beber, Borja había pedido un zumo natural de piña, y Alberto, que no tenía ganas de complicarse la vida, uno de naranja.

Al tiempo que se zampaban las hamburguesas, los dos chavales descubrieron que las amigas de Yvonne estaban hablando y bromeando sobre ellos desde la mesa de enfrente. A Alberto, que es un poco reservado, no le hizo demasiada gracia, mientras que Borja parecía engrandecerse con la situación y, como era de esperar, le entraron unas ganas enormes de llamar la atención de las chicas. Por eso debió de pensar que nada mejor que gastarle una broma a Alberto. Este le hablaba de los problemas que había entre ellos, y de la forma de sentar las bases para que no se volvieran a repetir en lo sucesivo, cuando de pronto, mientras las chicas seguían mirándoles, Borja señaló en dirección contraria diciendo:

—Fíjate Alberto, ese cuadro es nuevo, ¿no?

Alberto miró hacia el presunto cuadro, momento que aprovechó Borja para tomar una cuchara y, llenándola de zumo de piña, derramarla en el vaso de Alberto.

Las chicas, que les estaban mirando, soltaron una enorme carcajada. Alberto se dio cuenta de la broma que le había gastado Borja, y mientras se ponía rojo como un tomate, le entraron fuertes deseos de venganza. Alberto agarró la cuchara y, llenándola de su mezcla de naranja y piña, la echó en el vaso de Borja. La venganza estaba servida.

Las chicas, naturalmente, comenzaron a reírse de lo tontos que se estaban poniendo nuestros dos personajes. Alberto, que seguía rojo, le dijo a Borja:

—Bueno, ahora estamos en paz, no hagamos más tonterías, que ya se han reído bastante de nosotros, y sigamos con lo nuestro.

Una de las chicas planteó entonces a las otras lo siguiente:

¿ESTÁN REALMENTE EN PAZ O HAY MÁS PIÑA EN EL VASO DE ALBERTO QUE NARANJA EN EL DE BORJA?

41. Y para terminar... un juego de los de jugar

EL JUEGO DE LAS MONEDAS

A manera de epílogo de este libro, ahí va un juego que practican con asiduidad Alberto y sus amigos.

Consiste en un tablero triangular dividido en nueve triangulitos, cada uno de ellos limitado por una casilla en sus vértices. Bueno, éste es el que utilizan Alberto e Iñaki, pero puede ser todo lo grande que se quiera, y de hecho ellos han llegado a jugar sobre uno de cuarenta y nueve triángulos. A decir verdad, no lograron terminar el juego por su extremada dificultad.

Volviendo al más sencillo, el de nueve triángulos, se coloca una moneda en cada una de las casillas situadas en los vértices de los triangulitos, y después se escribe en el interior de éstos el valor total de las tres monedas que lo circundan. A continuación, se retiran las monedas y se le da el tablero, con las monedas en un montoncito, a un jugador que debe averiguar la disposición inicial. Si se quiere dar un toque de dificultad, no se le dan las monedas, y el jugador debe descubrir además los valores de las distintas piezas utilizadas.

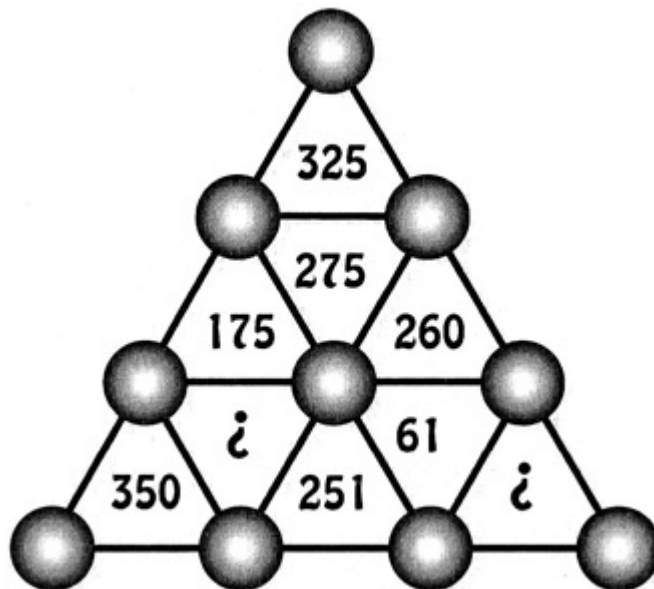
Un ejemplo: si colocas en un tablero pequeño, de sólo un triángulo, una moneda de cien, otra de veinticinco y una tercera de cinco en cada uno de los tres vértices respectivamente, el valor a colocar en el centro será la suma de las tres monedas; es decir, ciento treinta. Si retiras las monedas y se lo pasas a alguien para que las sitúe te dará una respuesta inmediata, puesto que saber las monedas utilizadas en este caso es muy fácil. Sin embargo, prueba a situar tres monedas en cada vértice. Se consigue también la suma de ciento treinta si se coloca una moneda de veinticinco y dos de una peseta en un vértice, dos de veinticinco y una de una peseta en el segundo vértice, y terminamos con una de cincuenta y dos de una peseta en el último vértice. Puede ser una curiosa prueba no decir el número de monedas e investigar cuántas maneras hay de conseguir la suma de ciento treinta, incluso colocando diferente número de monedas en cada vértice.

La anterior puede dar una idea de las posibilidades del juego. Los más expertos, si quieren ir a por nota, podrían eliminar incluso algunas de las sumas escritas dentro de los triangulitos. En definitiva, es un juego con infinitas posibilidades y grados de dificultad.

Partamos de la base de que eres un jugador medio, con aires de experto. Las monedas a utilizar son éstas:



Y el tablero sobre el que las debes colocar es éste:



En él se ha quitado la suma de dos de los triangulitos, sustituyéndolos por una interrogación. Seguro que es casi elemental para ti, a estas alturas del libro, pero permíteme que insista y te pregunte:

¿CUÁLES SON LOS VALORES QUE SE DEBEN SITUAR EN EL LUGAR DE LAS INTERROGACIONES?

Es un juego que no necesita más que ingenio y paciencia, y que puede jugarse en cualquier situación. ¡Ánimo!

CONCLUSION

Entre juegos y exámenes ha llegado el final del curso. Nuestros amigos, más o menos, han conseguido sacar adelante el curso, por lo que pueden encarar con tranquilidad las vacaciones de verano. Los repelentes Borja y Yago se marchan a unos cursillos en Estados Unidos. Iñaki se va con sus padres a la playa y Felixín vuelve con su familia.

¿Y qué pasa con Alberto e Yvonne? Bueno, después de la falsa alarma del novio de la belga, Alberto le estuvo tirando los tejos y parece que va consiguiendo algo. De momento, Yvonne le ha invitado a pasar unos días en su casa de Bélgica.

Quién sabe qué puede pasar el próximo curso...

PISTAS PARA LEER SOLO EN CASO DE DESESPERACION

(El número de la pista corresponde al número de juego.)

El orden de las preguntas es un orden cualquiera. ¿Cuántos meses tienen nueve letras?

La A es el 1 y la C es el 3, pero el 13 puede no ser AC sino M, mientras que tanto M como AC siempre son 13.

Al final da lo mismo estar más o menos cerca del vigilante.

No te líes. Coloca los libros y sigue los pasos del problema.

Arquímedes ya lo dijo: si flota, flota, y aunque sobresalga es igual.

¿Qué tal si pruebas a recortar, y envolver con lo que obtengas un vulgar dado?

Descubrir lo que se pregunta es sólo cuestión de paciencia y de observar qué números están unidos y cuáles no.

Si la divides primero en dos quizá te sea más fácil. ¡Ah!, la disposición de las guindas no se dice en ningún momento que deba ser la misma en todos los trozos.

Siempre suman igual las caras opuestas de un dado. ¿Te habías fijado?

Si no eres capaz de hacerlo sólo con lápiz y papel, coge un reloj y utiliza el llamado método pedestre.

Prueba a que cada uno sea un eslabón.

Lo primero que se te ocurre, a veces es la solución.

Lados por cada lado de cada donuts.

Cuando termine los cincuenta y tres, podrá canjear cincuenta por diez, consiguiendo otros diez envoltorios.

Esto es como un laberinto. Abre y cierra puertas.

Si lo intentas mucho y no lo consigues, a lo mejor es que no se puede. Y si inviertes...

Imagina el calendario, o coge uno y a probar.

Es un curioso triángulo.

Los tres han dado en el uno. Otro tiene dos dieces y otro dos veintes.

Cada elemento combina con todos los demás.

Con cristal las cosas parece que van al revés.

Revuelve las letras, prueba y acierta.

¿Cuántos cubitos de un cm de lado caben en un cubo de dos cm de lado?

Un astronauta en órbita gira alrededor del Sol a la velocidad de la tierra aproximadamente.

¿Cuánto tiempo está cada uno remando a cada velocidad?

Se pueden mezclar combinaciones, permutaciones y variaciones entre sí.

Lalá es cincuenta y seis.

No hay cincos.

Coloca cuatro en las baldosas centrales.

No es triangular ni pentagonal.

Marcelino comienza a pensar: «Si hubiera dos de periódico, el mío y otro, el tercero deduciría inmediatamente que el suyo era de cartulina. Si...»

Sale al quinto movimiento.

Son como reinas del ajedrez.

Allí estará Iñaki entre Alberto e Yvonne.

Son más de cinco. Prueba y verás.

Es importante darse cuenta de que Alberto, viendo el número de la calle, no puede resolverlo porque hay dos sumas iguales, y ello implica...

Prueba a desplazar dos.

Divide lo que compraron en grupos de cuatro barras.

$3+7+5+8+?$

¿Qué porcentaje hay de cada uno en el primer trasvase?

Coloca adecuadamente las monedas de doscientas, cincuenta, cinco y una peseta.